

**LASTESIS**  
**COLECTIVO**

# **QUEMAR EL MIEDO**

**UN MANIFIESTO**



 **Planeta**

[illegible]

# QUEMAR EL MIEDO



**LASTESIS  
COLECTIVO**

# **QUEMAR EL MIEDO**

**UN MANIFIESTO**

**Con la colaboración de Alejandra Carmona**

 **Planeta**

© 2021, Colectivo LASTESIS

© 2021, Daffne Andrea Valdés Vargas

© 2021, Lea Nicolás Cáceres Díaz

© 2021, Paula Stange Varas

© 2021, Sibila Sotomayor Van Rysseghem

Con la colaboración de Alejandra Carmona

Diseño de portada: LASTESIS

Fotografía de portada: cortesía de LASTESIS

Fotografía de las autoras: cortesía de LASTESIS

Diseño de interiores: Diana Urbano Gastélum

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7492-8

Primera edición impresa en México: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7405-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162-1, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

# ÍNDICE

NOSOTRAS.....	9
Una pequeña aclaración conceptual antes de continuar.....	13
<b>1. NOS ROBAN TODO, MENOS LA RABIA.....</b>	<b>16</b>
<b>2. PATRIARCADO Y CAPITAL ES ALIANZA CRIMINAL.....</b>	<b>28</b>
<b>3. MI CUERPO NO SERÁ MÁS EL SOSTÉN CAPITALISTA.....</b>	<b>44</b>
<b>4. JUNTAS ABORTAMOS.....</b>	<b>60</b>
<b>5. BAJO EL DISFRAZ DEL AMOR.....</b>	<b>82</b>
<b>6. EL POTENCIAL TRANSFORMADOR DE LA PERFORMANCE.....</b>	<b>100</b>
<b>7. EL ESTADO OPRESOR [1312].....</b>	<b>118</b>
JUNTAS.....	133





# NOSOTRAS

La experiencia de una es la experiencia de todas.

El aislamiento de los sentires y de las experiencias le ha permitido al patriarcado tomarnos por sorpresa, solas y angustiadas. A través de la internalización real de la empatía y sororidad, en vinculación con el colectivo, es que podemos defendernos de las jaulas patriarcales.

«No soy yo». «No es mi culpa». «No es solo contra mí».

No es depresión, es capitalismo y patriarcado.

Aquí somos cuatro, pero con la certeza de que nos atraviesan las mismas violencias históricas que nos hacen contar historias parecidas con tantas otras y otras.

Por eso hemos tomado la decisión de escribir este libro usando el pronombre «nosotras». Cada vez que relatamos una experiencia personal, vemos en el «nosotras» una postura política feminista, es decir, un ejercicio necesario de ponerse en el lugar de la otra, tomando su experiencia como vivencia colectiva.

## QUEMAR EL MIEDO

Nosotras hemos sido abandonadas por nuestro padre.  
Nosotras hemos sido abandonadas por nuestra madre,  
incluso viviendo con ella.

Nosotras crecimos solas porque nuestra mamá tuvo que  
hacerse cargo de más de un rol.

Nosotras somos hijas de un padre que violentó a nuestra  
madre.

Nosotras hemos sido abusadas.

Nosotras hemos sido perseguidas por autos en la calle.

Nosotras hemos tenido miedo de caminar en la calle de día.

Nosotras hemos tenido miedo de caminar en la calle de  
noche.

Nosotras hemos tenido que ver a un hombre mastur-  
barse a nuestro lado en la micro. A los 9 o a los 20  
años.

Nosotras hemos sido violadas.

Nosotras hemos sido invisibilizadas.

Nosotras hemos recibido menos sueldo por el mismo tra-  
bajo que un hombre.

Nosotras hemos tenido que escuchar cómo un hombre  
nos explica, de manera condescendiente, algo que ya  
sabemos.

Nosotras hemos visto cómo nuestras ideas son escucha-  
das solo a través de la voz de un hombre.

Nosotras hemos sido violentadas por no ser heterosexuales.  
Nosotras nos hemos quedado sin familia por defender lo que somos.

Nosotras hemos parido.

Nosotras hemos criado solas. Estudiado y criado solas.  
Estudiado, trabajado y criado solas.

Nosotras hemos abortado de manera ilegal e indigna.  
Nosotras hemos acompañado a nuestras amigas en sus abortos.

Nosotras hemos sido rechazadas por nuestras parejas por abortar.

Nosotras hemos sido golpeadas en la calle por una ex-pareja.

Nosotras hemos recibido violencia económica.  
Nosotras hemos recibido violencia obstétrica.  
Nosotras hemos recibido violencia sexoafectiva.

Nosotras tenemos tres jornadas laborales.  
Nosotras hemos sido inmigrantes ilegales.  
Nosotras somos hijas de refugiadas y refugiados políticos.  
Nosotras hemos nacido y crecido en el exilio.

Nosotras elegimos el arte como resistencia.  
Nosotras hemos sido perseguidas y violentadas por decir lo que pensamos.

## **QUEMAR EL MIEDO**

Nosotras nos cuidamos entre nosotras.

Sabemos que, en parte, hemos tenido la suerte y los privilegios que otras y otros no, porque estamos vivas.

Nosotras nos negamos a seguir siendo cómplices de todo tipo de violencia, opresión e injusticia patriarcal; la misma que exponremos ante ti en este libro. También leerás la vulnerabilidad impregnada en estos relatos, relatos de fuego que componen nuestras vidas. La vida es injusta de este lado de la vereda, pero aprender a exponer y denunciar tus inquietudes a través del arte es conectar profundamente con las emociones, tanto positivas como negativas, y en articulación con las ideas. Trabajar con las emociones es un regalo subversivo para el mundo.

La subversión sumergida en belleza es revolución.

**colectivo LASTESIS**

# UNA PEQUEÑA ACLARACIÓN CONCEPTUAL ANTES DE CONTINUAR

## Mujer

Cuando decimos «mujer» nos referimos a todas aquellas subjetividades que se reconocen como tal, independientemente de sus genitales.

## Disidencia sexual

Cuando decimos «disidencia» nos referimos a todas aquellas subjetividades que se reconocen en la comunidad LGBTQIA+.

## Hombre

Cuando decimos «hombre», en general, nos referimos al hombre patriarcal, es decir, aquellos que prolongan la violencia machista en todos sus niveles.

## Subjetividad

En todos los casos mencionados, con «subjetividad» nos referimos a la construcción que hace la persona de sí misma tomando en cuenta elementos históricos, sociales y de contexto.

## **QUEMAR EL MIEDO**

### **Hegemonía**

Cuando decimos «hegemonía» nos referimos a la superioridad absoluta de algo por sobre otra cosa.

### **Patriarcado**

Cuando decimos «patriarcado» nos referimos al sistema social que pone los privilegios de los hombres por encima de las mujeres y otras subjetividades.

### **Performance**

Cuando decimos «performance» nos referimos a una acción en la que tanto quien ve como quien la realiza participan. La acción ocurre en un espacio y tiempo determinado y, además, en nuestro caso se vale de lenguajes y herramientas artísticas.

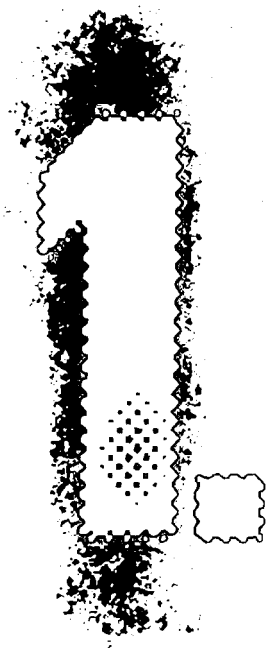
### **Cisgénero**

Hace referencia a aquellas personas que se identifican con el género que les fue asignado al nacer.

### **Heteronorma**

Es la imposición social de las relaciones sexoafectivas heterosexuales por sobre otros tipos de relaciones.

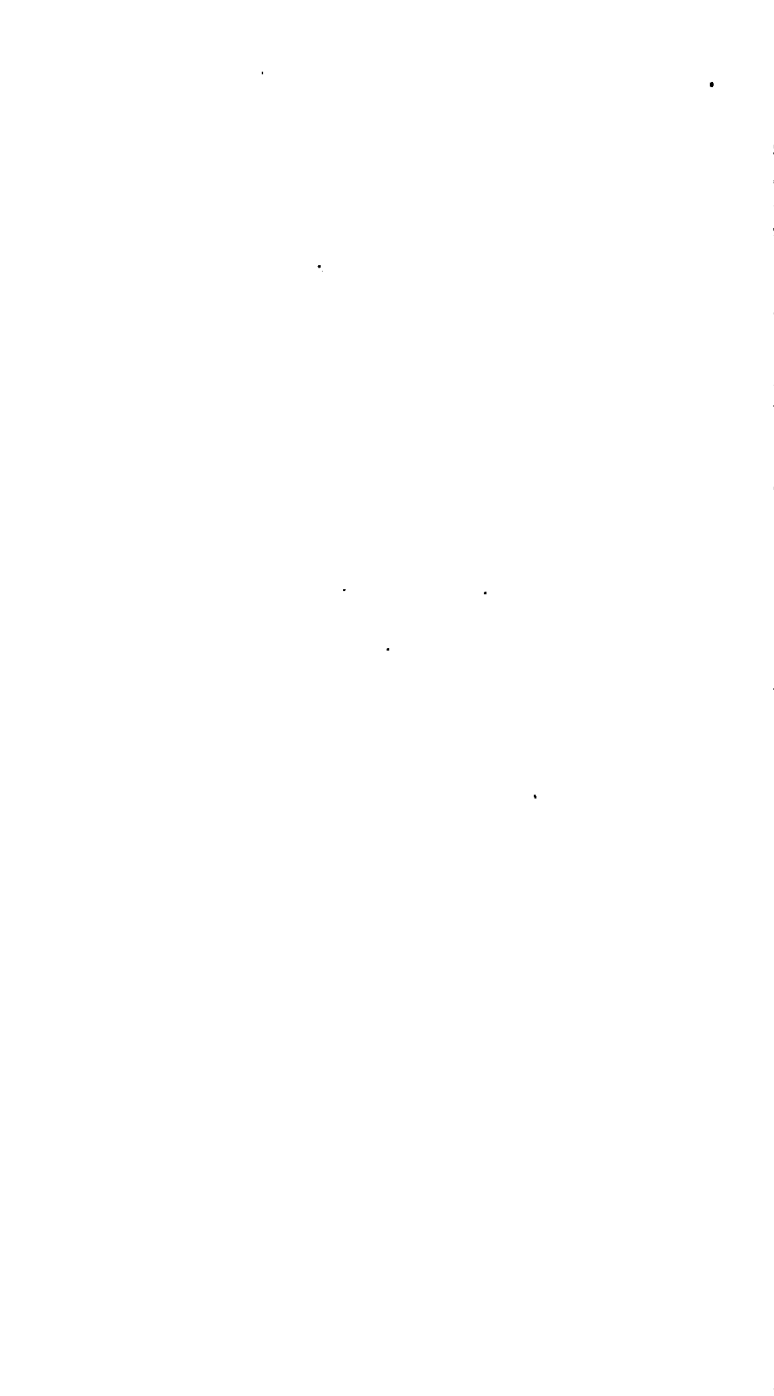
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO **QUEMAR** EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR **EL MIEDO** QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO





NOS  
ROBAN  
TODO,

MENOS  
LA RABIA



Nos roban todo, menos la rabia.

[confinadas]

Al tedio de lo doméstico y en el bucle del hogar,  
es este el lugar  
más peligroso donde puedo estar.

Hoy se quema el velo de la violencia.  
Se cocinan las heridas inscritas  
en nuestros cuerpos.

De pronto, nos encontramos a la intemperie  
dentro de nuestro propio hogar.

Atrapada sin salida  
con las armas homicidas,  
a vista y paciencia  
de toda la familia.

Nos roban todo, menos la rabia.

Canción de video-performance colaborativa en torno a la  
violencia doméstica, junio 2020, colectivo LASTESIS

**L**a rabia, en el reino animal, puede contagiarse cuando un animal clava sus dientes en el cuerpo de otro. El virus viaja desde donde se produjo la herida hasta el cerebro. Primero, provoca una inflamación y, después, la muerte. Pero a esta inherente capacidad mortal de propagar la enfermedad incurable, podríamos sumar otro tipo de rabia. Una que lleva siglos sin cura. Un sistema atávico y rancio que también ataca el cuerpo. Nuestros cuerpos. Nos hiere, nos inmoviliza y nos mata.

Tenemos rabia. Rabia contra la opresión milenaria. Rabia contra la impunidad histórica. Rabia y miedo de ser agredidas, asesinadas, olvidadas.

El patriarcado late en las venas de gobiernos y poderosos, de los medios de comunicación, de la policía. Atraviesa los distintos sectores socioeconómicos. Se infiltra en tribunales de justicia. Cruza subterráneamente —y, a veces, tan obviamente— al Estado. Se convierte en la expresión de la furia del narco y las maras centroamericanas que usan a las mujeres como escudo y como botín de venganza, nefasta tradición ancestral que perdura hasta nuestros días. Todo lo que toca el patriarcado lo convierte en rabia.

Tenemos rabia. Rabia ante la invisibilización constante de nuestros abusos. ¿Por qué casi todas las mujeres que

conoces han sido víctimas de abuso y los hombres no conocen a un solo abusador? Porque no lo ven. Porque en su privilegio nuestra sangre es invisible.

Cuando éramos chicas nos tocaron muchas veces en la calle, y vivimos en carne propia el acoso impune. Nos agarraron el culo, nos frotaron el pene en un bus. Nos besaron a la fuerza. Nos denigraron. Nos abusaron de niñas, jóvenes y luego adultas; borrachas y sobrias. Una vez, mientras nosotras caminábamos por Valparaíso, salió un tipo de entre los matorrales y gritó: «Te gusta que te lo metan por el hoyo. ¡Corre, perra!». Y no quedó otra alternativa más que correr. Y ese acoso, que es invisible para muchos, lo vivimos todos los días sin poder denunciar.

Nuestro testimonio siempre está en tela de juicio, siempre es cuestionable, dudoso, nunca es suficiente. La presunción de inocencia arrasa con nuestra verdad. La impunidad del abuso, de la violación, está normalizada y la revictimización constante es insoportable. Aun así, nos odian cuando salimos, en masa, a decirles que ya no toleramos su maltrato, violencia y tortura.

Cuando creamos un violador en tu camino recibimos muchísimas amenazas por redes sociales digitales. Incomodó, y la primera reacción de muchas personas fue defenderse con un «no todos somos así». Incluso, algunos dijeron: «¿Por

## QUEMAR EL MIEDO

qué me dicen violador si yo no lo soy?». Cuando evidentemente se trata de una puesta en escena, una performance que apunta a una condena a la que estamos expuestas. Es una forma artística de decir que no estamos seguras. Pero a ellos les cuesta verlo, verse, deconstruirse. Saben que no se salva nadie, o casi nadie. No se salva tu padre ni tu abuelo ni tu hermano. Ni el novio que dice ser «sororo» y te promete amor eterno. Ni el compañero de marchas que, si hurga en su vida, encontrará más de una historia de maltrato donde fue autor o cómplice de menoscabo. Porque muchos han abusado de alguna u otra forma de una mujer y/o de una disidencia sexual.

Han herido, han castigado emocionalmente, han minimizado, le han tratado de explicar situaciones laborales o académicas a alguien como si fuera inferior. Han perpetuado la brecha salarial. Se han burlado y han negado las subjetividades e identidades que no corresponden al binarismo patriarcal; como si el género solo se limitara a hombres y mujeres. Han abusado de sus privilegios. Han violado.

El patriarcado es un juez que nos juzga por nacer. Nacer con vulva o sin ella, nacer disidente en el más y menos amplio de los sentidos, nos enlaza funestamente a la brutalidad. Todo lo que el patriarcado toca lo convierte en brutalidad. Y nosotras sabemos que pueden seguir inventando formas aún más crueles de matarnos.

Lo supo Lucía Pérez, una joven argentina de 16 años a la que violaron, empalaron, drogaron y torturaron hasta la muerte. La justicia condenó a los acusados de su asesinato solo por venta de drogas y descartaron cualquier ataque sexual en su contra.

Lo supo Jesica Tejeda cuando tenía 34 años. Juan César Augusto Huaripata, su pareja, la asesinó de 30 puñaladas en Rosales, Perú. Pero no solo lo supo Jesica, sino que también todo su barrio, porque cuando acudieron por ayuda a la comisaría, que estaba solo a 200 metros, la policía tardó una hora en llegar. Asesinaron a Jesica y también a su hijo de 15 años. El feminicida incendió la casa para intentar borrar las huellas.

Lo supo Brenda Micaela Gordillo, de 24 años, a quien su pareja, Naim Vera, asesinó en Catamarca, Argentina, solo por el hecho de estar embarazada. Para que nadie descubriera el crimen, él cocinó los restos de Brenda en una parrilla.

Lo supo Nicole Saavedra, lesbiana, en Limache, Chile. Tenía 23 años cuando Víctor Pulgar la secuestró, violó, torturó y asesinó, viviendo impune por más de 3 años gracias a la desidia y negligencia judicial.

Lo supo Ámbar Cornejo, en Villa Alemana, Chile. Tenía 16 años y la pareja de su madre, Hugo Bustamante, la

## QUEMAR EL MIEDO

violó, asesinó, descuartizó y enterró debajo de la casa; un hombre que antes había asesinado a otra mujer y a su hijo. Sin embargo, la justicia lo liberó 17 años antes de que cumpliera esa primera condena.

Lo sabemos todas las mujeres del mundo, porque no caminamos tranquilas por las calles. Porque si nos violan, nos apuntan como culpables. Porque los sistemas de justicia son inoperantes y las precarias medidas de protección que ofrecen frente a un agresor nunca son suficientes. Porque los candidatos a presidir los gobiernos se llenan la boca con eslóganes sobre igualdad, pero no plantean soluciones estatales para detener los feminicidios.

Porque es mentira que nos protegen. Porque es mentira que nos quieren vivas. Lo vemos cuando rechazan la educación sexual integral. Lo vemos cuando rechazan el cambio sociocultural y político que necesitamos para abolir las opresiones y violencias de género.

Nos roban todo, menos la rabia, y nuestra rabia los intranquiliza. Quieren que sigamos en nuestras casas como si nada pasara. Les molesta que salgamos con una venda en los ojos, vestidas con ropa ligera, nocturna y sugerente para cantarles que los violadores son ellos. Pero nosotras no nos cansamos de gritar. Hasta que esa rabia se convierta en revolución. Y les hierve el hoyo, les enfurece,



al ver que nos cansamos de esperar cambios desde sus políticas y que nos organizamos de forma independiente y autogestionada. Les hierve el hoyo que confiamos en organizaciones y colectivos feministas antes que en sus instituciones patriarcales y coloniales. Les hierve el hoyo que recurramos a ellas al ser víctimas de violencia, o que abortemos juntas y junte en nuestras casas; ilegales, clandestinas. Les hierve el hoyo que nos caguemos en sus políticas de Estado, porque no nos cuida la policía, nos cuidan nuestras amigas.

Todas las mujeres que mencionamos antes murieron o tuvieron juicios en los últimos dos años y son solo ejemplos de la barbarie que cruza a este sistema; cifras que la sociedad patriarcal se niega a retener, porque no es difícil de leer si solo nos fijamos en el año 2019. México: 916 muertas. Perú: 168 feminicidios. Brasil: 1314. En Honduras, 55 mujeres fueron asesinadas en los primeros seis meses de confinamiento por covid-19.

¿Quieren hablar de un virus que se propaga sin cura? Nos están matando.

Lo supo Ingrid Escamilla, una joven mexicana de 25 años a quien su pareja, Erick Robledo, asesinó y desolló. Expusieron su cuerpo mutilado en los medios de comunicación y un video con el relato de su feminicida ayudó

## QUEMAR EL MIEDO

a victimizarlo. Los medios aún no aprenden a relatar de qué forma nos asesinan. Las fotos denigraron todavía más su partida y otros hombres se dieron el tiempo de postear bajo las imágenes de su cuerpo mutilado: «Qué hermoso el odio consumado, qué belleza de imágenes, qué delicia de homicidio».

¿Todavía quieren saber por qué tenemos rabia?

EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO **QUEMAR** EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR **EL MIEDO** QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO



PATRIARCADO  
Y CAPITAL

ES ALIANZA  
GRIMINAL



No se puede entender.

No se puede entender la lucha de clases sin  
saber que la clase obrera está dividida en dos  
subclases: los hombres, privilegiada,  
las mujeres, dominada.

¡Hey, tú!

Propiedad privada.

Mi cuerpo no será más el sostén capitalista.

No se puede entender.

No se puede entender el capitalismo sin saber  
que se basa en la esclavitud femenina,  
laboral, sexual y reproductiva.

Canción de la obra *Patriarcado y Capital es alianza  
criminal*, julio 2018, colectivo LASTESIS

**N**os acusan de querer destruir todo, pero no entienden que, para nosotras, el feminismo busca la liberación de todas las formas de opresión patriarcales y, por consiguiente, el bien común. Tenemos el firme convencimiento de que, si el mundo fuera feminista, podríamos estar más cerca de un real Estado de bienestar, de amor, de protección y de solidaridad.

No estamos en contra de todos los hombres, pero sí de aquellas personas que sostienen, e incluso fomentan, prácticas patriarcales, opresivas, violentas; desde los feminicidas hasta los violadores, abusadores e incluso a los papitos corazón, esos que abandonan a sus hijas, hijos o hijes. También estamos en contra del sistema asesino social y político construido de la mano del capitalismo y el patriarcado. ¿Cómo vamos a encontrar un lugar en un sistema creado exclusivamente desde una perspectiva masculina cisgénero y heterosexual, construido con un cálculo mezquino e indolente, competitivo e inhumano?

¿Qué viene después de la caída del patriarcado? No tenemos idea. Lo único claro es que ahora debe arder. No hay otra forma de hacerlo desaparecer.

En relación al capitalismo, la filósofa feminista italoestadounidense Silvia Federici plantea que se basa en la reproducción sexual del trabajo y en el trabajo no asala-



riado. La función reproductiva de nuevos trabajadores, la crianza y el trabajo doméstico se encuentran en la base de esta pirámide que nos margina, sin ningún tipo de reconocimiento social ni económico. Son las labores de cuidado de la familia y las tareas del hogar las que desde siempre se han postulado como propias o naturales a la mujer. Para este caso la socióloga uruguaya Karina Batthyány define «cuidado» como la acción de ayudar a una persona dependiente, sea un niño, adulto mayor, enfermo ocasional o crónico, en el desarrollo y en el bienestar en su vida cotidiana.

Cuántas veces una escucha decir a algún papá o mamá: «Menos mal que tuve una hija», dando por hecho que es ella quien deberá quedarse a cargo de su vejez, aunque esa mujer tenga diez hermanos más. Eso es porque, de alguna forma, ese es el rol de la mujer y siempre se le vincula al amor. Es como si estuviera establecido que la mujer, por amor, hace aquello por lo que no debiera necesitar una remuneración. Porque, así como pone su vida al servicio de una hija o hije, también lo debe hacer con las personas mayores. ¿A quién se le ocurrió que eso era intrínseco de la mujer?

Para el feminismo es importante entender el cuidado como un trabajo para, entre otras cosas, quitarle la dimensión afectiva vinculada al amor que pareciera conllevar naturalmente. Como si el amor correspondiese a una

## QUEMAR EL MIEDO

forma de pago, ocultando la explotación. Nosotras crecimos con ese modelo de abuela y a veces de madre, que trabajó toda su vida en la casa, día y noche. Nos cocinó, nos educó, nos cuidó mientras estábamos enfermas, lavó camisas escolares a pulso y con escobilla en mano. Supo tener la comida servida a la hora de llegada de todos. Supo mantener el hogar limpio y a la familia cuidada. Para la familia eso se entendió como amor de madre o abuela, para ella su deber, pero en realidad es una trabajadora del hogar que no recibe sueldo. Hoy es imposible no ver la explotación y la esclavitud en una trabajadora que realiza una labor de por vida sin sueldo ni descanso.

Sin embargo, cuando hay mujeres que pueden acceder a un trabajo asalariado fuera de la casa, la división sexual del trabajo sigue operando con fuerza, pues son las mujeres (enfermeras, profesoras, educadoras de párvulos o cuidadoras de ancianos) nuevamente quienes en su mayoría desarrollan labores de cuidado. Es evidente cómo estas ocupaciones siguen siendo «tareas propias de las mujeres». Cuidar y brindar este tipo de atención serían una especie de «impulso natural» para las mujeres en su elección profesional. Lamentablemente, estas labores suelen ser mal pagadas, no reconocidas y desvalorizadas por la sociedad.

Creemos que el cuidado debiese ser una problemática colectiva y social, y no individual. Hemos elegido este

ejemplo, pues, atravesado por las opresiones de género y clase, ilustra muy claramente las alianzas entre patriarcado y capital.

Hace años ya se ha vuelto necesario repensar la noción de familia. El modelo de la familia nuclear, con la abuela o madre abnegada, se está desintegrando. Nosotras mismas hemos decidido generar y habitar otras constituciones familiares, en las que las filiaciones sexoafectivas y de sangre dejan de ser las únicas relaciones posibles. Elegimos nuestra familia, la pensamos y vivimos en lo comunitario, y en ese sentido, lo afectivo va mucho más allá de esos añejos paradigmas.

Patriarcado y Capital es una alianza criminal, sin lugar a dudas. Y evidentemente, cuando vivimos en un sistema que es explotador y opresivo con nosotras, atenta contra todas las posibilidades de libertad y justicia. Mientras esa alianza perversa exista, sabemos que nunca estaremos en igualdad de condiciones, lamentablemente. O no por ahora.

«Patriarcado y Capital es alianza criminal» es un grito de lucha histórico. Es por este vínculo que decidimos nombrar así nuestra primera performance en el año 2018, basada en el libro *Calibán y la bruja*, de Silvia Federici (2004). A grandes —gigantes quizás— rasgos, tanto el capitalismo como el patriarcado se sustentan en la opresión.

## QUEMAR EL MIEDO

Comparten esta peligrosa característica de constituirse a partir de violencias, muchas veces, solapadas, y muchas otras, que nos golpean claramente en la cara. Una y otra vez. Y otra vez. Son bofetadas de opresiones históricas que las mujeres y aquellos cuerpos y cuerpas disidentes sentimos con más fuerza.

La alianza entre capitalismo y patriarcado se funda en esta relación entre opresor y oprimido en la que el opresor adquiere las utilidades que se extienden del trabajo realizado por la persona oprimida; aquello conocido también como plusvalía. Cuando la mujer es el sujeto oprimido o, mejor dicho, la sujeta oprimida, recibe las exigencias laborales tanto en su lugar de trabajo como en el hogar.

Esta alianza ha logrado —y de manera exitosa— poner a la mujer en el lugar de protectora del espacio privado, con labores de cuidado que van desde las, les y los hijos, y, en el caso de que no los tuviera, hasta la manutención de relaciones de pareja en las que el hombre debe ser atendido en el hogar, dada su explotación en el trabajo.

En este tipo de alianzas, la proletaria, la compañera u otro término pertinente, sostiene sobre sí todas aquellas macro y micro explotaciones en su cuerpo. Los cuerpos de las mujeres y su función reproductiva son el sustento

del capitalismo, entendiendo nuestros cuerpos como un territorio de explotación, pero, a la vez, de resistencia.

Hoy, grandes grupos económicos y políticos continúan explotando territorios en favor de sus ganancias y alianzas. Estos hechos se enfrentan directamente con mujeres defensoras ambientales, por ejemplo. En otros planos se enfrentan con feministas que han identificado y denunciado este tipo de alianzas.

Los parámetros del mercado han contagiado todas las esferas sociales, culturales, políticas, y, por supuesto, económicas. En Chile, derechos fundamentales como la educación se ven contaminados por el lucro y la libre competencia, y ni hablar de una posible educación integral no sexista. Incluso la manera en que nos relacionamos adopta estas formas. Relaciones basadas en el éxito, el mérito, la satisfacción del cliente, la competencia entre pares. La precarización transversal y omnipotente.

La lucha feminista —al menos como la entendemos nosotras— busca todo lo contrario. Persigue derrumbar estas estructuras y construir nuevas formas de vincularnos desde una perspectiva feminista. Una perspectiva que, como mencionamos anteriormente, busca el fin de todas estas formas de opresión. Si en la mayoría del mundo las mujeres corearon nuestra puesta en escena es porque estamos

## QUEMAR EL MIEDO

viviendo similares experiencias. Porque nos sentimos amenazadas por similares motivos. Y estamos gritando similares consignas.

Mientras sigamos viviendo bajo el paradigma de la articulación entre capitalismo neoliberal y patriarcado, solo encontraremos «mejoras» esporádicas; soluciones parche que, si bien en muchos aspectos, a veces, necesitamos, están lejos de ser suficientes.

La posibilidad de encontrarse con el feminismo no deviene de un camino obvio, ya que no suele ser parte del listado de libros que te dan a leer en la escuela. Es una búsqueda, una inquietud de que aquello que conoces y te incomoda no está realmente bien. Aquello que incomoda, que perturba, tiene que ver con este sistema actual, donde todo se ha transformado en bien de consumo: los cuerpos, los animales, la naturaleza, las experiencias.

En un escenario capitalista neoliberal como el de hoy, el feminismo debe denunciar y proponer, debe problematizar en todas las esferas aquello que se ha normalizado por siglos. Es necesario comprender que lo que conocíamos ya no es para que, desde ahí, el feminismo pueda guiar procesos de aprendizaje en las personas y, sobre todo, desde la infancia. Debe tensionar y derrumbar prácticas

violentas heredadas por medio de instituciones, relaciones sociales y patriarcado.

La lucha feminista, en este sentido, nada contra la corriente de manera constante. Es un ejercicio extenuante que nos acompaña toda la vida. Sabemos que probablemente los cambios reales no serán para nosotras, nosotros, sino para quienes vendrán.

No obstante, la transversalidad de dicha opresión nos insta a la denuncia. Por ello, el 20 de noviembre de 2019, convocamos a mujeres y disidencias a corear con nosotras un violador en tu camino, en la Plaza Aníbal Pinto, en Valparaíso, porque en nuestros territorios el sistema neoliberal y patriarcal nos humilla y eso lo sentimos cada día. Muchas mujeres asesinadas contaban con medidas de protección, dispuestas por la justicia, que nunca se cumplieron. Nuestras pensiones de vejez son miserables porque el trabajo no remunerado también nos despoja de las compensaciones de salud y ganancias previsionales. El sistema ignora el trabajo doméstico que muchas madres o abuelas han hecho por años. También ignora la doble o incluso triple jornada laboral, que afecta hasta la actualidad a muchas mujeres trabajadoras que, terminado su turno laboral, han de hacerse cargo del trabajo doméstico en su hogar. Y ni hablar de la brecha salarial, pues aún se nos paga menos por el mismo

## QUEMAR EL MIEDO

trabajo que hacen nuestros colegas. El sexismo se refleja en el trabajo, en la salud y en todas las esferas de nuestras vidas.

Una de las fortalezas de los Estados patriarcales radica en la invisibilización y el histórico negacionismo en torno a la violencia contra las mujeres. A modo de ejemplo, en el año 2001, en un campo algodonnero de Ciudad Juárez, el Estado mexicano dejó claras estas prácticas institucionalizadas. En noviembre de ese año aparecieron ocho cuerpos de mujeres asesinadas. Pese a las súplicas por justicia de parte de sus familias y las, les y los ciudadanos, la policía no hizo nada. Así quedó constatado después por la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, en la que se revelaron las negligencias de la investigación. El Estado mexicano fue condenado no solo por las fallas, sino también por la discriminación obvia por la condición social y de género de las mujeres asesinadas.

Los feminicidas Edgar Ernesto Álvarez Cruz y José Francisco Granados de la Paz secuestraron, torturaron, violaron y asesinaron por lo menos a 10 mujeres; sin embargo, el gobierno eligió no verlo. Y esa conducta se replica país por país.

Pensamos que la primera performance que hicimos en Valparaíso duraría 2:30 minutos y se quedaría ahí, pero no



fue así, pues resonó en todo el mundo, demostrando la escala global de opresión. Si bien nos sentimos honradas, también nos sentimos decepcionadas y sumamente preocupadas de que en cada rincón del planeta las deudas con las mujeres y personas de las disidencias sean las mismas.

Nos conmovió que corearan nuestra canción y que también se volviera un himno en países y culturas tan diversas; evidencia de que el sistema patriarcal está en todas partes y habita cada país, cada pueblo, cada ciudad; incluso en aquellas que se venden como idilios de la calidad de vida y la igualdad de género.

Queremos algo más justo para todas y todos. Ahora, si en ese camino los hombres cisgénero y patriarcales se sienten oprimidos, creemos que es una lucha de la cual ellos han de hacerse cargo. Nosotras no tuvimos una situación de privilegio respecto al acceso a la información. No revisamos teoría feminista en las instituciones de educación formal a las que asistimos, pues en el momento y lugar en que estudiamos existía un tremendo vacío e invisibilización de estos saberes. Otros. Buscamos la información, y así como nosotras lo hicimos, creemos que es responsabilidad de cada quien hacerlo. Y tras la instrucción, viene la puesta en práctica, pues de nada sirve leerse unos PDF si después no van a generar una deconstrucción de su masculinidad cisgénero, patriarcal y heteronormada... Si no

## QUEMAR EL MIEDO

van a dejar de encubrir a sus amigos abusadores, de ser cómplices del silencio o, peor aún, de seguir fomentando y generando prácticas patriarcales, abusivas y violentas. La aceptación de los privilegios y de su consecuente despojo por una sociedad más justa ha de ser difícil, pero es el único camino posible en esta lucha.

Sin embargo, pareciera que el camino más fácil es preguntarnos a nosotras qué es lo que tienen que hacer. Como si fuéramos sus eternas madres, y fuera nuestra responsabilidad decirles lo que tienen que hacer para deconstruirse, para ser parte de nuestra lucha, porque ¿cómo van a quedar fuera de algún espacio, a pesar de que nosotras y nosotres hemos sido históricamente excluidas de todas partes? A ellos les toca hacerse cargo, porque no podemos estar luchando una batalla y, además, preocuparnos de qué podrían hacer ellos si este mismo sistema político, social y económico no les gusta.

Hemos vivido por siglos en un régimen extractivista y brutal donde se generaron relaciones de poder que hoy simplemente no pueden existir. El feminismo les viene a decir que la vida es mucho más compleja de lo que siempre han creído.

Nosotras, de nuestro lado, queremos anular todo aquello que nos daña. No es tan difícil de entender: la violencia

ejercida por el patriarcado tiene ciertos niveles y formas que están presentes en todo lo que vemos, olemos, sentimos. Y hay que ser muy hipócrita para negarlo. Estamos hablando de un cambio de paradigma desde el feminismo. Un cambio en el cual la alianza criminal entre patriarcado y capitalismo desaparezca, junto con sus opresivas estructuras.



MI CUERPO  
NO SERÁ  
MÁS

EL SOSTÉN  
CAPITALISTA

**E**l capitalismo posee esa brutal capacidad de adueñarse de todo. Incluso la misma crítica al capitalismo llega a ser procesada, reapropiada, desarmada como herramienta de lucha y convertida en bien de consumo, bien del mercado. Una de las estrategias del capitalismo para su subsistencia y permanencia como modelo hegemónico, consiste en absorber todos los contenidos que las personas utilizan como estrategias de resistencia hacia el capitalismo mismo. Las absorbe, las estruja, se queda con algunos eslóganes y se los ofrece a la gente en forma de productos y servicios, extractivistas, sin perspectiva de género, que perpetúan la explotación laboral.

No nos sorprende que lo mismo ocurra con el feminismo. Lo hemos visto: el capitalismo, desde el *retail*, ha intentado apropiarse de consignas feministas para aumentar sus ventas; aunque lo interesante sería saber si esas ventas subieron realmente por haber recurrido al feminismo como objeto de consumo. El feminismo como grito de lucha, como demanda vociferada desde las bases, desde la rabia, convertido en eslogan de moda. Todo bien iluminado, colorido, bien cantado, bien ecofriendly-body positive-girl power-the future is female-inclusive-diverso-empoderada. Una mierda, porque, además, son productos generados a partir de la explotación de mujeres y niñas, niños y niños en países del tercer mundo. Una total mierda.

Pero ¿no es acaso mejor que sea moda a que vuelva a ser invisible? ¿Podría quizás entenderse como un acercamiento al feminismo desde la forma, antes que desde el contenido? ¿No podría llegar a ser incluso un impulso para cagarnos una vez más en el capitalismo neoliberal y desde la forma difundir el contenido y armar enjambres de feministas transgeneracionales y transnacionales?

No lo sabemos aún. Solo son hipótesis, no hay tesis. Aunque no deja de ser llamativo.

Pero si nos preguntan qué preferimos, si ver a una horda de adolescentes coreando canciones sobre girl power o pegadas con baladas que promueven ideales de relaciones sexo-afectivas tóxicas, pues nos quedamos con la primera opción.

Ahora, más allá de la agenda feminista, históricamente la figura femenina ha sido cooptada por el capitalismo. Durante décadas se han generado productos de «belleza» asociados a grandes marcas transnacionales que han definido un tipo de cuerpo y personalidad para las mujeres. Es lo que se conoce como el «impuesto rosa». A esto se suma el elevado precio que se le otorga a productos que son iguales, por ejemplo, las prestobarbas para hombres y mujeres, pero que para el caso de las mujeres tienen un sobreprecio por ser rosadas. Se trata de un suculento mercado basado, nuevamente, en la explotación.

## QUEMAR EL MIEDO

El capitalismo, en su radical y constante batalla en contra de nuestros cuerpos, busca la pérdida de su real valor como territorio resistente a las violencias y opresiones. Nuestros cuerpos, más bien, se vuelven un territorio mercantilizado, donde todas las opresiones que nos cruzan juegan un rol estratégico en la censura de nosotras mismas, en un contexto en el cual existe una dominación y hegemonía sobre lo que es aceptado, bello, digerible.

Cánones de belleza eurocentristas y norteamericanos han avasallado históricamente los cuerpos y cuerpas sudacas, indígenas, negras, esclavas, mestizas. En las últimas décadas, es gracias a las redes sociales digitales, a la conectividad y a la velocidad de intercambio de información que muchas corporalidades disidentes han logrado rechazar las humillaciones relativas a los cánones de belleza de una cultura masiva, empecinada en enjaularnos por no encajar. Realmente molesta que no encajemos, que no entremos en sus fantasías, en sus mitos, en sus deseos de vernos serviles y calladas.

La hipocresía abunda. La conveniente ceguera e ignorancia es cotidiana, naturalizada, masificada. Los estereotipos en torno a lo que es «ser mujer» son absurdos y no toman en consideración la realidad. No existe un modelo de «ser mujer». No existe una forma dada o natural a la mujer. El biologicismo y el esencialismo no existen para nosotras.



En este aspecto nos posicionamos en la vereda de Judith Butler, filósofa estadounidense feminista, gran exponente de la teoría queer: *el género se performa*. El género se hace, no se nace, y en esa construcción del género las formas de habitar tanto lo femenino como lo masculino son múltiples y diversas. Queremos romper con los esquemas establecidos, opresores, violentos.

Queremos romper con las estructuras patriarcales que norman nuestra existencia desde que nacemos hasta nuestra muerte. Que norman no solo en los aspectos más evidentes e identificables, como la violencia sexual o la violencia doméstica, sino que también en las formas más sutiles, las que son casi imperceptibles.

Dicha estructura muta y toma diferentes formas. En nuestra infancia tomó la forma de un hombre viejo evangélico que, al vernos a nosotras, niñas de 7 años, sucias por jugar con tierra, vestidas con salida de cancha —como le decimos a una tenuta deportiva en Valparaíso—, porque es la prenda más idónea para nuestra incipiente carrera de trepadoras de árboles, nos dijo que no somos mujeres por usar pantalones. Que dios no nos va a querer por estar comportándonos como un hombre. Llanto. Porque no nos quedó más que llorar ese primer encuentro con la injusticia y la espiritualidad patriarcal en forma de hombre-dios.

## QUEMAR EL MIEDO

Toma la forma de la mirada inquisidora del inspector general de colegio, el cual, con regla en mano, mide los centímetros del largo de la falda del uniforme. Porque unos centímetros menos son de suma importancia a la hora de determinar nuestro comportamiento, y condicionan la manera en que recibiremos la educación.

Éramos adolescentes, estábamos equivocadas en muchas cosas, pero eso no invalidaba nuestro legítimo reclamo por el derecho a vestir cómodas, abrigadas y con una movilidad de acuerdo a nuestras actividades.

Aparece esa estructura nuevamente diciéndonos que las cosas siempre han sido así, que nosotras no vamos a cambiar nada, que es importante que usemos una prenda que nos defina como señoritas, y que nos comportemos de acuerdo a eso.

En este sistema, donde el Estado opera de forma mafiosa como el principal propulsor y cómplice de las violencias sistemáticas que atravesamos todas y todes, donde no existe representatividad ni paridad en las esferas gubernamentales, nos urge la organización territorial autónoma para comenzar a fortalecer las redes entre habitantes; hacer reuniones que profundicen en las demandas y exigencias de los cuerpos y cuerpas oprimidas. El feminismo es un acto de resistencia y valentía a una herencia histórica

fundada en el miedo y el terror como método de control a las masas disidentes, siendo los cuerpos femeninos y feminizados aquellos con mayor carga de violaciones a sus derechos humanos y civiles.

No se puede entender que en la era de la información instantánea sigan comparando los actos de resistencias feministas con apelativos como: feminazi, lesbianas carentes de sexo, marimacha, etc. Como si fuera una ofensa. No ven que ya nos hemos reapropiado de sus ofensas hace mucho tiempo.

De todas formas, tales comentarios solo nos hablan de su incapacidad de reflexionar, una reflexión mediocre, que no está a la vanguardia de los cambios sociales que vivimos en todo el mundo durante los últimos años.

Es nuestro deber seguir aportando y trabajando en transformar la mirada binaria y patriarcal sin dejar la calle y los espacios públicos como escenario principal para exigir nuestras demandas libertarias.

Sin embargo, y lamentablemente, el feminismo en esta lucha tiene enemigos en todas partes. Los antitodo, los antiaborto, los provida fetal, la derecha, la izquierda, la iglesia y el sector conservador, pero incluso el progresista, pues en todos ellos habitan personas que se ven

## QUEMAR EL MIEDO

afectadas por las denuncias históricas emanadas desde el feminismo, que les cuestiona. Denuncias que les perturban y desencajan de sus posiciones de poder.

Si nos desplazamos hacia la derecha en las ideologías del mundo, nos encontramos todavía con los discursos de odio y discriminación más oscuros y obsoletos, amparados en viejos modelos cristianos conservadores. Estamos ante la presencia del cliché mujer reproductora de la vida, multimujer, esposa abnegada, que se queda en su casa criando hijos, madre de todos y todas, silenciosa como la virgen, señora de marino que lo atiende y le perdona todo, aval del empresario, lindo rostro para primera dama.

Si movemos la mirada hacia el otro lado, nos enfrentamos a los machitos de izquierda. Esos que durante las asambleas estudiantiles no nos dejaban hablar o hablaban más fuerte para callarnos. Son los mismos que ahora nos reclaman por irrumpir con un discurso feminista cuando en Chile ocurría una revolución social. Como si ambas cosas estuvieran desligadas. Como si tuviéramos que elegir entre lucha de clases o feminismo.

Cuando montamos Patriarcado y Capital es alianza criminal, sintetizamos las ideas de Silvia Federici a través del siguiente verso: «No se puede entender la lucha de clases

sin saber que la clase obrera está dividida en dos subclases: los hombres, privilegiada / las mujeres, dominada».

La clase obrera se divide entre las trabajadoras y los trabajadores. Y las trabajadoras correspondemos a una subclase. Por lo tanto, una clase está más oprimida que la otra, y si a ello le sumamos la dimensión de raza, el panorama es aún más desalentador. Sin embargo, la izquierda, a nivel teórico y práctico, muchas veces se olvida de que las luchas sociales también se sustentan gracias a todas esas mujeres y cuerpos y cuerpos disidentes.

Olvidan (demasiado) fácilmente que las demandas feministas son transversales a las demandas sociales. Desde el feminismo también se levanta la educación como un derecho, por ejemplo. No obstante, los machitos de izquierda creen que el feminismo vino a atentar contra la lucha del pueblo. Nos han dicho eso en la cara porque, para ellos, primero es la lucha de clases y después vendrán «esas demandas secundarias», irrelevantes. Aún no son capaces de ver que no nos van a dejar nuevamente debajo de la mesa, que somos parte de la discusión, y así como las demandas son feministas, las respuestas a las demandas habrán de serlo.

Pero hay gente que comenta tanta mierda. Porque les molesta, los irrita. Llegaron a inventar que a nosotras,

## QUEMAR EL MIEDO

LASTESIS, nos financiaba Estados Unidos, Hillary Clinton, la CIA e incluso Maduro, para desviar la atención de lo importante; que todo formaba parte de un plan para que en Chile se olvidaran de temas relevantes como las AFP (Administradoras de Fondos de Pensiones), el acceso a la salud o incluso la lucha por la dignidad. La lucha por una vida digna, de lo cual aún carecemos en nuestro país.

No comprenden de autogestión, ni de convicción como agente movilizador político. No comprenden que el dinero no es la única respuesta posible ante la masificación de una performance. De hecho, entre ese lote de gente hubo algunos señores que se apropiaron de sitios web con nuestro nombre, para después cobrarnos millones de dólares si es que queríamos comprarlos en una subasta. Tuvieron que resignarse al darse cuenta de que no teníamos ni un peso para pagar su ridícula subasta y que no nos podían interesar menos sus estúpidos sitios web.

Tampoco faltaron los «Che Guevara»... todos esos seres, caudillos, dirigentes, que aparecían en asambleas y cabildos levantando el puño, aunque muchos de ellos estaban «funados», «cancelados», denunciados por distintas vías porque alguna vez agredieron a una mujer o a una persona de la disidencia. Su discurso antigobierno, antisistema, se lo pueden ir guardando donde quieran, porque esa incoherencia hace mucho tiempo que dejó

de ser «aceptable». Esa incoherencia, ese doble estándar permanente, no se tolera más. Ya no pueden llenarse la boca de revolución mientras representen otras formas de opresión. Quizás en los ochenta, quizás hasta en 2018, pero ahora ni cagando.

A la histórica misoginia, se suma la histórica homofobia y transfobia de esas mentes incapaces de ver en lo distinto una vida vivible. Dos años antes de que nació Pedro Lemebel, escritor, performer y activista disidente chileno, ya les enfrentaba hablando por su diferencia, hablando por todos esos niños, niñas y niñas que iban a nacer con una alita rota. ¿Por qué negarles/nos el derecho a creer en la revolución? ¿A hacer la revolución? ¿A vivir la revolución? ¿A movilizar nuestros cuerpos y cuerpos como herramientas de lucha y resistencia contra el capitalismo neoliberal, pero también contra el patriarcado?

Eso es lo que, lamentablemente, en esta poca capacidad reflexiva, muchas personas no logran ver. No quieren o no les conviene aceptar que la violencia no solo es institucional, sino que también es doméstica, que también la practican en su cotidianidad constantemente. Es fácil gritar consignas al gobierno, pero es muy distinto cuando les toca de forma directa; les incomoda, les da urticaria ser interpelados por su propia violencia. Es más fácil tirar mierda a la clase política, que obviamente se la merece.

## QUEMAR EL MIEDO

Pero ellos, en la esfera de lo privado, reproducen lo mismo que la clase política. Repiten las mismas conductas.

A pesar de que el capitalismo es el peor germen en alianza con el patriarcado, la discriminación o la valoración de la mujer frente al hombre no solo es patriarcal en un contexto neoliberal. Durante el gobierno de la Unidad Popular en Chile, en la exaltación del obrero y la compañera, también existía un imaginario arbitrario de lo masculino y lo femenino. Sin embargo, esta configuración social y familiar también era profundamente machista, binaria y heteronormada. Si bien, la familia tradicional y heteronormada sustenta en parte al capitalismo, también pareciera ser funcional para otros sistemas políticos y económicos, incluso el socialista.

En esta estructura social, no cabía otro canon más que el del hombre trabajador proletario y la mujer compañera al cuidado del hogar y de la comunidad. Otras subjetividades simplemente eran (y aún son hoy en muchas instancias y culturas) inimaginables. De hecho, la primera protesta disidente-sexual en Chile fue en abril de 1973 y el titular de la época, en plena Unidad Popular, fue «La rebelión de los raros». En ese entonces, era ilegal ser homosexual en nuestro país, y cambió muy tardíamente. Solo se despenalizó a finales de los años noventa.



Nuestra lucha es interseccional, e incluye a todas las mal llamadas minorías sexuales. Incluye a las mujeres, con o sin útero, y a las personas de las disidencias, personas maricas, queer, transgénero, transexuales, lesbianas, homosexuales, pansexuales, bisexuales, no binarias, género fluido, intersexuales, asexuales y toda la hermosa diversidad que habita ese signo + que acompaña las siglas de la comunidad LGBTQIA+.

Entendemos que los cuerpos y cuerpas que llamamos a participar en nuestras convocatorias son aquellas que no son parte de lo oficial, aceptado ni hegemónico. Los cuerpos y cuerpas de mujeres y disidencias llevan una carga simbólica de violencias que se enfrentan, como cuerpo colectivo, a instituciones opresoras y conforman un solo cuerpo desafiante.

Hacerle frente a la normatividad, a lo común, desafiando el sistema binario sexo-género, es cuestionarlo todo; los roles, la maternidad obligatoria y la familia tradicional. No nacemos para ser violentadas una y otra vez. No nacemos para ser madres, y si lo somos, es una parte de nuestra vida, una rama del entramado ser que conformamos.

No nacimos para perpetuar la institución del matrimonio y la familia nuclear. Ya es tiempo de normalizar las infinitas formas de amar a otros y dejar de normalizar la

## QUEMAR EL MIEDO

violencia intrafamiliar. No nacemos mujeres según nuestros genitales. No todas las mujeres tenemos útero. Las mujeres y las disidencias borramos las fronteras del patriarcado con nuestro único territorio: nuestros cuerpos y cuerpos.

No todas nacemos heterosexuales. No todas las mamás son buenas mamás. El instinto maternal no existe. No todas queremos ser madres. No todas las madres pueden parir.

No somos lo que el mercado y el patriarcado quiere que seamos, para pasarnos la vida al servicio de un sistema que nos oprime, que solo quiere que produzcamos, que extraigamos sin conciencia, que explotemos la tierra donde vivimos y que traigamos a otras, otros y otras a este mundo a perpetuar el círculo de la explotación y el consumo.

Somos más que las personas que el patriarcado ha dejado vivas. Somos todas.

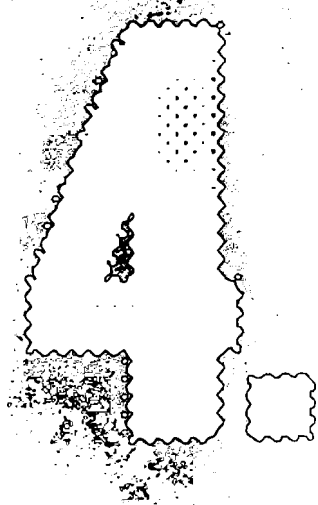
Muchas defienden conceptos o formas respecto a qué es el feminismo o, incluso, no se consideran feministas porque no hacen un trabajo conceptual desde el área académica, pero creemos que eso da lo mismo. Por ejemplo, muchas están trabajando desde su población con otras

mujeres, están haciendo trabajos comunitarios o con sus pares. Esas personas son feministas, a veces, sin saberlo, porque las han mantenido alejadas de ese concepto, les han cerrado las puertas a esas formas de conocimiento. Pero creemos que no existe un solo conocimiento válido y no existe una sola forma de acceder al conocimiento. Existen otros tipos de saberes, otras formas de aprender que fluyen en otras redes. Saberes Otros milenarios que llevamos en el cuerpo, en ese repertorio del que habla Diana Taylor, académica mexicoestadounidense de performance (2017), que heredamos de generación en generación en los territorios colonizados. Hay una deuda gigante con la teoría de las mujeres y las disidencias.

El feminismo tampoco posee una única definición. Los feminismos son múltiples y se viven en la práctica. Los feminismos nos atraviesan. Y en ellos hemos encontrado un lugar de resistencia contra el sistema neoliberal y contra el sistema patriarcal.

Nuestra lucha es clara y ya no tenemos miedo.

El feminismo somos todas.



JUNTAS  
ABORTAMOS

Tengo miedo.  
Tengo duda.  
Tengo culpa.  
Tengo angustias.

Porque crecemos con el miedo a este cuerpo  
que no es nuestro.

Tengo miedo.  
Tengo rabia.  
Tengo pena.  
Tengo duda.

Porque crecemos con el miedo a este cuerpo  
que no es nuestro.

Tomo la rebeldía de decidir por mí.  
Tomo la valentía de reconocermé en ti.  
Tomo la autonomía de decidir por mí.  
Tomo la desobediencia al disponer de mí.

Juntas, ahuyentamos el miedo.  
Juntas, nos sostenemos.  
Juntas, clandestina me quedo.  
Juntas, atravesaremos.

Juntas, nos escuchamos.

Juntas, nos acompañamos.

Juntas, nos reflejamos.

Juntas, abortamos.

Abortamos.

Abortamos el embarazo no deseado, el machismo,  
la misoginia, las estrategias de control,  
al opresor, al papito corazón, las leyes  
injustas, los prejuicios y la culpa,  
no más temor.

Abortamos, las niñas madres.

Abortamos, el silencio.

Abortamos, la maternidad obligatoria.

Abortamos, porque no estamos solas.

Abortamos.

Canción de video colaborativo por el Día de Lucha por  
la Despenalización y Legalización del Aborto en América  
Latina y el Caribe, septiembre 2020, colectivo LASTESIS

**C**uando éramos chicas o chiques, la imagen de la madre era la misma de un terrón de azúcar: la abnegada y omnipresente, pero sobre todo con un instinto naturalizado por años. Eso supone que una mujer o persona con útero debe querer parir y cuidar a sus hijas, hijos e hijos de manera incondicional. ¿Cuántas veces escuchamos que ni una perra abandona a sus hijos? Eso ha sido un peso que por años han cargado las madres en sus espaldas.

En nuestro caso cargamos el peso de la maternidad-paternidad obligatoria desde que nacimos. En algunos casos nos abandonó nuestro padre. Esta historia es bien repetida y estereotipada, tanto que no sorprende a nadie, porque de alguna manera la sociedad les grita a los padres que el mundo es suyo, que sean aventureros y arriesgados, y que no se dejen vencer por ningún obstáculo. Lamentablemente a veces ese obstáculo es una mujer embarazada y lo más fácil para continuar con sus planes de vida es abandonar, ya sea afectivamente, económicamente o todas las anteriores.

En otros casos, nos abandonó nuestra madre. Técnicamente es lo mismo que lo anterior, pero, desde la mirada de la sociedad patriarcal, posee una carga agregada al ser una mujer la «desnaturalizada» que abandona. Entonces, para nosotras niñas fue imposible encontrar una



explicación. Se hizo muy difícil; los días de las madres podían transformarse en una tortura. Pero ¿qué hacía que ese dolor creciera más? Que en todas partes te gritan que una mujer no abandona a sus hijas o hijos, pero un padre sí. Pareciera que, en su caso, de alguna manera, está justificado.

No es una competencia de quién abandona más. Te cagan la vida igual. Porque las preguntas que se hacen las personas abandonadas son siempre las mismas, no importa quién te deje varada en la vida. Sin embargo, si el padre se desliga tenemos que entenderlo. La cultura te da una respuesta simple: «Es que ellos son así», y no hay nada que hacer al respecto.

Por supuesto, tanto el padre como la madre tienen, en ese libre camino de abandonar a sus hijas, hijos e hijos, una carga, quizás, pesada: ambos provocan dolor y desilusión en la descendencia. Ambos se someten a la posibilidad de tener cuentas pendientes y eternas. Pero, por alguna razón, la sociedad completa hace sentir que una madre, incapaz de serlo, tiene alguna especie de mal o de enfermedad incurable que se aloja en su propia naturaleza.

El instinto materno sigue siendo una imposición social y cultural, que justamente es útil a esa necesidad de mantener

## QUEMAR EL MIEDO

un modelo de familia obsoleto. Ese modelo donde había un hombre que salía de la casa a trabajar, mientras la mujer se quedaba en casa trabajando sin percibir remuneración alguna.

Hoy, el modelo se ha perfeccionado en ciertos aspectos, para hacerles creer a las madres que tienen libertades dentro de la estructura de la familia y el hogar. El padre sale, trabaja y es proveedor. La madre sale, trabaja y también es proveedora, no necesariamente viven casados o en una misma casa, ya que los tiempos del capitalismo le han permitido empoderarse e independizarse en cierta medida. Sin embargo, la mayoría de las veces, las hijas, hijes o hijos viven con ella y el padre actúa como visita. La madre vuelve a la casa y se hace cargo de las tareas domésticas y el cuidado, asumiendo una segunda jornada laboral. En algunos casos es compartida o recibe «ayuda», pero la organización del hogar y la carga mental siguen siendo su principal responsabilidad, y el amor de madre una incondicionalidad.

Esta invención del instinto materno es una construcción social que apela al amor. Porque los hombres, por su parte, no viven subyugados al instinto paterno. Al final, hay personas que son pésimas y da lo mismo su género. Aquí la discusión es cómo la construcción social de una mujer la obliga a ser objeto de una idealización que incluso

es amparada por el Estado. La mujer puede abandonar, pero finalmente recibe una condena que no es la misma que la de un hombre cuando abandona.

Nosotras también somos madres, no estamos en contra de la maternidad mientras sea una decisión y no una imposición. Por supuesto que existen estrategias de resistencia en la crianza, y hoy hay madres criando desde el feminismo como eje fundamental que, si bien no es tarea fácil, esperamos contribuya a una mejor sociedad en el futuro.

En nuestro caso la maternidad es una lucha constante, es ser objeto de críticas cotidianamente. Y, en nuestro caso, el haber sido madres jóvenes solo aumentó la condena social. Era un error y un castigo que debíamos asumir con responsabilidad, porque del aborto ni hablar, Jesús se podía molestar. Estudiar era un privilegio porque nuestro lugar ahora era en la casa con la guagua, con nuestro hijo. Si trabajábamos para sobrevivir y estudiábamos para continuar nuestro proyecto de vida, éramos malas madres porque privilegiábamos nuestra vida antes que la de nuestro hijo. Al momento de parir, inmediatamente nos transformamos en propiedad del padre de nuestro hijo, de alguna manera ahora él era responsable de nosotras y de proveer, a pesar de que siempre nos hayamos considerado personas independientes, a pesar de que

## QUEMAR EL MIEDO

hayamos trabajado siempre, a pesar de que no hayamos vivido en la misma casa, a pesar de que no éramos una pareja, a pesar de que esto sucediera en el siglo XXI. El patriarcado siempre encuentra la manera de intervenir en todas nuestras relaciones.

Con el tiempo nuestra maternidad se ha transformado en el cliché de quien cría sola. Te salen ocho brazos y tres cabezas para intentar cumplir las expectativas de todas, todes, todos y todo. Cocinas con una mano, trabajas con otra. Eres creativa y feminista con una de tus cabezas; con la otra, ayudas con las tareas del colegio. Eres psicóloga infantil y adolescente. Con otro brazo, pagas las cuentas, vas a las reuniones de padres de la escuela, que en realidad son de madres, pero se siguen llamando «de padres». Mientras terminas los pendientes del trabajo lavas los platos, haces la lista de compras, llevas a las, les o los niños a jugar, reparas las llaves que gotean, estudias, te organizas para luchar por todos los derechos que te quitan y, además, con el brazo que te queda le escribes al progenitor de tu hijo para que pague la pensión, ya que, para variar, se pasó de la fecha. Y al final del día tú eres la exagerada, la histérica, la alterada, la loca.

El patriarcado y el capitalismo se han encargado de hacer de la maternidad una gran carga para muchas, y encima

juzgarnos tajantemente para quienes decidimos no ser madres. Nosotras hemos abortado, dos veces, y hemos acompañado a muchas otras. Cada aborto es diferente, tan diferente como la persona que aborta. Cada proceso de aborto está cruzado por diferentes intersecciones que hacen cada experiencia única, pero tal vez lo que muchas tengamos en común, al menos en este lado del planeta, es la clandestinidad y la rebeldía.

Ahora mismo, mientras tratamos de escribir este libro, nosotras abortamos. Respiramos angustiadas. Preocupadas. De inmediato el cuerpo se queda sin energía. Seguimos trabajando. No se tiene que notar. Los juicios. Las miradas dudosas. Las tetas que explotan. Náuseas de la maternidad como destino. La culpa. El empoderamiento y otra vez la culpa. La insistencia. El trabajo. Que el patriarcado no nos gane de nuevo. El cuerpo. Las pastillas. El acompañamiento. El PDF. Las amigas. El médico. Su mirada. Yo no hago abortos. Lo sabemos. Solo queremos la ecografía. Nos llama mamitas. Y que el hijo va a ser comunista pues salió del ovario izquierdo. El patriarcado va ganando. De nuevo. Nos calma. Dice que no creció más. En dos semanas todo solucionado espontáneamente. Esperamos. Esperamos. Esperamos. Nada. Otro médico. Todo sigue igual. Más grande. Náuseas. El primer médico era objetor de conciencia oculto. La rabia. La desesperación. Y el tiempo. La idea de que el patriarcado siempre nos

## QUEMAR EL MIEDO

roba algo. El mercado negro. \$100 000. Dos sublinguales cada 4 horas. La sangre. El dolor. Las amigas. El agua de manzanilla. El colador. Una pequeña conformación de células. El baño como testigo. La sangre a la tierra o al water. La calma. La sensación de recuperar la soberanía del propio cuerpo.

Nosotras en ese momento tuvimos el privilegio de tener acceso a la información y a redes feministas que acompañan abortos. Pero ¿qué le pasa a una persona que no tiene a quién acudir? O ¿qué pasa con el aborto cuando es cruzado por la clase? En casi toda América Latina, si no tienes medios para acceder a ningún método clandestino para abortar, tu destino es la maternidad obligatoria o arriesgarte a la muerte, o incluso a la cárcel en muchos casos. En la desesperación de la gente que es pobre y que no ve opciones está el riesgo de muerte. Es una muestra tremenda de injusticia, que se seguirá reproduciendo cuando esa persona, al tener ese crío, no sepa qué va a hacer con él.

Cuando hemos realizado talleres en nuestro territorio nos ha tocado ver al patriarcado de frente, con sus formas más explícitas. Esposas de narcotraficantes que tenían cuatro o cinco hijas, hijes o hijos no porque quisieran, sino porque los progenitores se los decían a gritos: «Te voy a llenar de hijos para que nunca más puedas salir de la casa». Estos son mecanismos de control y amenazas

que, atravesados por el sesgo de clase, se trasforman en un obstáculo difícil de saltar.

Cuando buscamos dónde abortar vivimos las dificultades que cualquier mujer tiene en casi toda América Latina, donde el aborto ha ocurrido, ocurre y ocurrirá; desde las organizaciones feministas autónomas y autoconvocadas que acompañan abortos con pastillas, hasta las clínicas privadas que reciben a las mujeres con dinero que tienen acceso y no arriesgan la vida. El problema es el negacionismo de unos pocos que, con la biblia en una mano y la otra en el bolsillo, se creen aún con el derecho a opinar y legislar sobre nuestros cuerpos y cuerpos.

El diario *El País* publicaba, en 2018, que hasta entonces más del 90% de las mujeres que vivimos en América Latina nos topamos con duras restricciones si decidimos abortar. Y de ese 90%, el castigo sigue siendo peor para las más pobres.

En Chile, antes de que se aprobara el aborto por tres causales (inviabilidad fetal, violación y riesgo vital) en 2017, las chilenas más ricas seguían yendo a otros países para terminar con un embarazo inviable o que les pudiera causar la muerte. ¿Qué hacía una mujer de clase trabajadora sin la posibilidad de viajar al extranjero? Se lo bancaba y, algunas, se lo bancan hasta hoy. Pero no solo en Chile las

## QUEMAR EL MIEDO

mujeres han tenido que cruzar las fronteras para buscar quien interrumpa un embarazo no deseado.

Las sociedades de Occidente no se salvan. En Francia, el aborto es legal hasta las 12 semanas. ¿Qué pasa con quienes sobrepasan ese tiempo gestando? Pensando en las zonas rurales donde el acceso a los servicios de salud se hace más complejo. En 2019 abortaron 232 000 mujeres en Francia, pero entre tres y cinco mil de ellas debieron partir a Holanda, España o Inglaterra.

En Alemania, cada tres días un hombre mata a su esposa o expareja, según mencionó Ulrike Helwerth, directora de comunicación del Deutscher Frauenrat, que agrupa unas 60 organizaciones de mujeres en Alemania, en una entrevista recogida por Deutsche Welle en 2019. Además, de cien violaciones, solo una termina en condena y la violencia machista también campea impune; como aquella noche de Año Nuevo del año 2016, en la ciudad de Colonia, donde cientos de mujeres fueron abusadas y asaltadas cuando celebraban cerca de la catedral. ¿Qué hicieron los más conservadores? Usaron el pretexto de que los responsables eran solo migrantes para reforzar su política xenófoba ignorando las denuncias que llegaron a la justicia.

La derecha económica y confesional, que habita en todo el planeta, es capaz de dar su vida por una mórula, pero



cuando la niña, niño o niño crece, sus derechos se reducen y se vulneran constantemente. Cuando es grande, prefieren al obrero, sin derechos, y ojalá que no reclame por tener una mejor vida. Esos pueden ser acribillados o cegados en un día de protesta: cuando es una mórula, es un ser enviado por dios; cuando crece y quiere cobrar lo suyo, es un ser indeseable y desechable.

Hace algunos años revisamos los argumentos de la Ley de Aborto en Chile y todos los planteamientos utilizados eran los mismos que ocuparon en la Ley de Divorcio (2004): «Ahora todo el mundo se va a querer separar. Qué va a pasar con esos niños. Qué tipo de ciudadanos van a ser por crecer sin familia». Además, entre el año 2016 y el año 2018, quienes legislaban en ese entonces se daban el lujo de manifestar sandeces como: «Es acaso la simple voluntad de aquel dueño transitorio de esa vida, que ni siquiera es dueña sino que es una mera administradora o tenedora» o «quienes hoy día aprueban el aborto son los sucesores naturales de quienes justificaron la esclavitud, la colonización española, la falta de voto a la mujer, los nazis y los comunistas».

Sus argumentos son tan pobres y descontextualizados que los tienen que repetir una y otra vez. Sus reflexiones basadas en la intolerancia, la misoginia, no son más que fundamentalismos tan simplistas que se reducen a: va a

## QUEMAR EL MIEDO

haber Ley de Aborto, entonces todas las niñas, niños y niñas serán abortados.

Antes de que comenzaran las discusiones sobre el aborto por tres causales, en Chile se conocieron casos espantosos, uno de ellos fue el de Karen Espíndola, una joven que tenía 22 años cuando se embarazó de su primer hijo, al que llamaría Osvaldo.

Cuando Karen tenía 12 semanas, escuchó un diagnóstico que la aterró: holoprosencefalia, una malformación casi incompatible con la vida. Entonces, en el año 2008, de los 25 casos que había, solo lograba nacer la mitad. Karen supo que no solo ella sufriría si Osvaldo venía al mundo, sino que también él. Karen entonces recorrió las pantallas y diarios del país contando su situación y se transformó en una defensora del aborto terapéutico, a pesar de que amaba al hijo que venía. En Chile los grupos provida habían levantado una gran campaña para impedir, por cualquier motivo, que se aprobara el aborto en caso de inviabilidad fetal.

Osvaldo nació el 13 febrero de 2009 y, desde entonces, vivió conectado a mangueras y sondas. Su respiración se sentía igual a la de un pez que aletea después de que lo sacan del agua. Sin embargo, Karen continuó su lucha sola: tratando de hacerlo feliz y también rogando, a

quien quisiera escucharla, por la posibilidad —para otras mujeres— de un aborto que evitara ese sufrimiento a niñas, niños y niños que estuvieran por nacer.

Muy pocas personas la escucharon.

Oswaldo murió el 25 de julio de 2011. Ese día, Karen sintió que su hijo había descansado por fin. Fueron dos años muy crudos, en los que no pudo hacer nada para evitar su sufrimiento.

Lo peor es que esas mismas personas que legislan, que flamean banderas como si el patriotismo curara cualquier mal que les aterra, tienen un privilegio con el que los demás no cuentan: tienen tribuna. Y esa tribuna está marcada por un discurso de machismo y misoginia. Los medios de comunicación ostentan un rol muy importante frente a la opinión pública sobre temas como el aborto. Sin embargo, la tribuna es siempre para los mismos; los mismos que ya no pueden seguir teniendo la facultad de tomar decisiones cuando están tan ajenos a la realidad de todo. Ellos no saben cómo se vive en una población, literalmente, ellos no cargan con la violencia estatal llenos de hijas, hijes e hijos; menos si no son deseados.

El machismo y la misoginia se reflejan también, y de manera constante, desde las esferas de poder. En Chile,

## QUEMAR EL MIEDO

quienes detentan el poder celebran la maternidad, sin importar la edad ni las condiciones materiales, físicas, emocionales. En el año 2013, el presidente de la República de Chile, Sebastián Piñera, figuró en todos los medios de comunicación alabando los dichos de Belén, una niña de 11 años de Puerto Montt. Belén había quedado embarazada después de los reiterados abusos sexuales y violaciones cometidas por su padrastro. Sin embargo, Piñera y su bloque político aplaudieron «la madurez y la profundidad» con la que Belén manifestó que cuidaría a su guagüita, a su bebé, como si fuera una muñeca. Para ellos, los dichos de una niña de 11 años aseguraban la aceptación de la maternidad por su parte, la aceptación del destino fatal al que no podía escapar, pues en ese entonces el aborto por violación aún no era legal en nuestro país.

Una profunda vergüenza ajena provoca que la máxima autoridad de un país exprese semejantes loas sobre una niña que fue víctima de un delito. Es una vergüenza y es absolutamente inaceptable que tantos gobernantes, supuestos representantes que llegan al poder a través de la vía democrática, no sepan nada del sufrimiento de los pueblos, y mucho menos de lo que significa ser violada. Mirando por sobre sus hombros y derrochando ostentación no van a alcanzar a ver jamás la injusticia. En su mundo huele a privilegios, no a pobreza ni a dolor ni a sometimiento.

Y este tipo de situaciones no solo pasan en Chile o en América Latina. En Alabama, un estado del sur de Estados Unidos, prohibieron casi totalmente el aborto. Y eso no fue en 1800, fue en 2019. Por otro lado, ahora mismo, en el año 2020, hay miles de polacas en las calles protestando en contra de su gobierno que les ha impuesto la prohibición casi total del aborto, después de años de haber sido un derecho ganado. Esta situación nos habla de que, para las sociedades patriarcales, independientemente de la ubicación geográfica o cultura, ganar un derecho no quiere decir que no te lo puedan volver a quitar en otro momento.

Es horroroso no poder acceder a un derecho fundamental como ese aún. Nunca nos va a dejar de horrorizar e impresionar. Por eso, creemos que la lucha debe seguir sin descanso. Tenemos que convencer a la justicia del mundo de que nuestros cuerpos nos pertenecen y que el aborto es un derecho humano. Además, la justicia parece ensañarse con las mujeres a pesar de que sean las víctimas, y no solo por la prohibición del aborto. Ejemplos hay muchos: quién puede entender que el caso conocido como «La Manada», en España, en el que cinco hombres abusaron de una chica de 18 años una noche de San Fermín, necesitara presión mundial para hacerlos responsables.

## QUEMAR EL MIEDO

Este tipo de situaciones nos sigue mostrando la crisis de las instituciones en la que estamos fuertemente insertas. Se evidencia la misoginia con la que dictan leyes, resuelven juicios y tejen nuestro futuro y presente. Esos son los jueces, los políticos, los Estados que nos gobiernan. Ese es el sistema que nos ahoga.

Pero todo esto no es nada nuevo. Es una historia reiterativa de siglos y siglos: desde las brujas quemadas hasta las encarceladas por abortar. La resistencia, la sororidad y las amigas son las que nos mantienen con vida todavía en esta guerra eterna hacia nuestra existencia, ese sentirse acompañada para liberarse de culpas cristianas y de miedos. ¿Sabes qué sentimos nosotras después de abortar? Un gran alivio. No hubo espacio para la tristeza ni el arrepentimiento, porque simplemente no era el momento.

Ha habido tanta manipulación moral en torno al aborto. La iglesia, pedófila, violadora, que promueve discursos de odio e intolerancia, se ha encargado de cargarnos pesos y culpas. Se ha encargado de construir un relato de idealización y personificación del feto. En la década de los noventa, en Chile se transmitía en la televisión una campaña con una escolar embarazada y se escuchaba una voz en off: «Me van a matar, me van a matar» mientras la cámara enfocaba en el vientre de la niña. Claramente un feto no

tiene lenguaje desarrollado, pero era mucho más importante invertir recursos en una propaganda provida celular que invertir en campañas de educación sexual integral. Veinte años después, el discurso sigue siendo el mismo. El feto no solo se sabe comunicar, sino que además ya tiene clara su profesión, y en Chile las feministas dejaremos sin ingenieros al país, pues los fetos tienen altas expectativas profesionales. Existe una preocupante idealización del feto por sobre la vida de las mujeres o personas con capacidad de parir. El amor de madre aparece como una imposición, te atormentan con el «castigo divino», te obligan a sentir culpa.

Todes y todas las que nos rebelamos en contra del dominio sobre nuestros cuerpos somos castigadas de alguna u otra manera. Desde la descalificación constante, hasta insultos, amenazas y ataques de violencia física. Si no respondemos a esos mandatos nos ven como marginales o disidentes, continuamente relegadas a un lugar subalterno y de segunda categoría. No le servimos al sistema, estamos equivocadas.

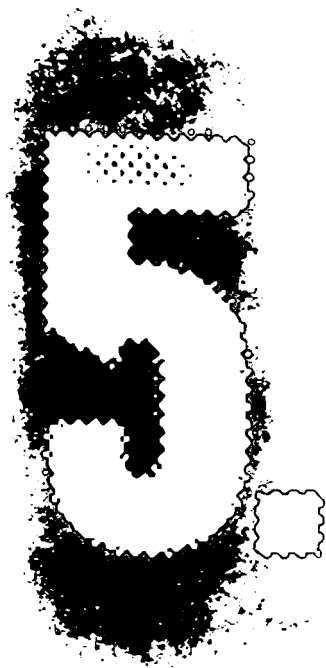
Pero hay miles, millones de mujeres y disidencias equivocadas para este sistema asesino. Y es tan liberador escuchar esas voces colectivas unidas por la convicción pura. Es esclarecedor que no éramos solo nosotras, que no estábamos equivocadas, que no estábamos solas. Ahora que nos

## **QUEMAR EL MIEDO**

encontramos, no nos soltaremos más. Y esa sensación que nos regala el feminismo nos ha salvado la vida muchas veces. Esa sensación de que estamos juntas, juntas. Y juntas, abortamos.



EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO **QUEMAR** EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR **EL MIEDO** QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR



**BAJO EL  
DISFRAZ  
DEL AMOR**



Cierto, dios sin duda es un hombre  
y destacamos su misoginia.  
Misoginia que destruye nuestra historia  
con violencia, muerte e ignominias.

Basta ya de explotación de nuestros cuerpos  
bajo el disfraz del amor.  
El control del estado sobre nuestros cuerpos  
a través de los hombres y del horror.

Nos contaron una historia, de abnegadas  
y explotación,  
pero esa historia terminó, ahora la escribo yo.

En mi historia  
dios se muere  
junto al marido  
y al patrón.

Corazones rojos, corazones fuertes.  
Se acabó esa historia, se acabó ese orden  
con mis muertas a la lucha,  
a la calle y al desorden.

Canción de video-collage, reversión de *Corazones Rojos*  
de Los Prisioneros, mayo 2020, colectivo LASTESIS

**T**odas y todes hemos sentido el abuso de poder patriarcal sobre nuestras corporalidades. Sin embargo, nosotras trabajamos a diario para erradicar las secuelas patriarcales de nuestras conductas. Las heredas, aprendidas, internalizadas, las que cuestan pues nos mantienen en una zona de comodidad. Desaprender lo aprendido es una ardua labor que se traduce en extensas horas de trabajo en nuestras emociones que a ratos se ven sin contención.

En este intenso periodo de aprendizaje que hemos tenido como compañeras de activismo y sublevaciones varias, es imposible no notar en cada una nuestro propio crecimiento, influenciado enormemente por todas las artistas y escritoras que revisamos, observamos, citamos e inspiran nuestro trabajo. Sus legados nos permiten conectarnos a través de la memoria con las opresiones que sus cuerpos sintieron, no muy distintas a las opresiones que atraviesan los cuerpos de hoy.

Comprender nuestros cuerpos y cuerpas como lienzo y herramienta de batalla en contra del patriarcado neoliberal es una forma de oponernos a la categoría de ciudadanas de segunda clase o de propiedad privada. Es necesario comenzar a comprender que ciertos comportamientos que reproducimos hasta el día de hoy provienen de una herencia patriarcal. Por ejemplo, el amor

romántico, idealizado y posesivo, donde la aspiración máxima de esta fantasía amorosa es establecer un contrato que beneficie a ambos participantes; bajo el tan cuestionado concepto de familia nuclear muy promovido por la publicidad y cinematografía de posguerra.

Cada una y uno ha lidiado con esas concepciones retrógradas. Todas y todos, de cierto modo, hemos repetido el patrón. Algunas para siempre, como una condena autoimpuesta de infelicidad que se carga en forma de culpa moral cristiana. Otras hemos puesto fin a esas relaciones destructivas a tiempo, pero muchas otras no, terminando en dolor, violencias, y en el peor de los casos, la muerte.

Nosotras estuvimos casadas. Sí, casadas por la vía legal, y hoy felizmente divorciadas. Nosotras creímos que el matrimonio, esa arcaica institución, podía construirse, vivirse, habitarse de otra forma. Aún lo creemos, quizás. Pero nuestra experiencia, lamentablemente, solo terminó reproduciendo las violencias y opresiones machistas y micromachistas típicas. Un cliché barato en el que el marido terminaba diciéndonos lo que está bien, lo que está mal, cómo vestirnos, cómo comportarnos, opinando de nuestro cuerpo, de lo que queremos hacer con nuestro cuerpo, de lo que queremos hacer con nuestras vidas, de nuestros proyectos futuros, de nuestros sueños.

## QUEMAR EL MIEDO

Nosotras también estuvimos en relaciones en las que fuimos maltratadas física, emocional y psicológicamente. Nosotras, en teoría un poco más conscientes, nos perdimos a nosotras mismas bajo el disfraz del amor. Hoy, miramos hacia atrás y no nos reconocemos. Es que la violencia adopta formas tan diversas, y más veces de las que quisiéramos no es evidente, no aparece de golpe. Muchas veces es tan sutil, que disfrazada en la inseguridad de un supuesto ser sensible terminamos aceptando lo inaceptable. Terminamos replicando los círculos de violencia. Terminamos en ese lugar que cuando vemos a una amiga o amigo en lo mismo le gritamos que salga corriendo de ahí.

¿Quién no ha estado en una relación amorosa tóxica? Ya sea por nuestra malherida autoestima o incluso por temor a estar en soledad. A lo largo de nuestra vida se nos ha relatado que la soledad es penosa y decadente, como la imagen icónica de una mujer con muchísimos gatos fumando y mirando un punto de fuga. Para nosotras ese punto de fuga es maravilloso. Es la paz interior de haber escogido por ti misma la vida que deseas construir, la vida que soñabas de niña, niño, esa vida que todas y todos merecemos tener.

Es comprendernos hoy como mujeres y disidencias, cuerpos y cuerpas resistentes y poderosas que cargan las ma-



yores opresiones, si no todas; cuerpos y cuerpas a las cuales el capitalismo ha querido estandarizar y categorizar en estereotipos eurocentristas y norteamericanos, como si esa figura fuera la única bella y digna de emular. ¿Dónde quedan los cuerpos negros, mestizos, marrones, gordos, mutilados, marcados con cicatrices, deformes según lo que estipula la real academia de los cuerpos; todo lo oscuro, denegable, ocultable como si fuera una vergüenza con la que hay que cargar?

¿Dónde quedan los cuerpos como los nuestros, cuerpas que decidieron hablar, denunciar, apuntar, reflexionar, divulgar contenido feminista para distintas audiencias sin esperar más que su territorio se alzara ante la opresión?

¿Dónde quedan las cuerpas como las de las coyotes que pasaban familias por la frontera, aceptando trabajar en la paralegalidad para así mantener económicamente a su familia?

¿Dónde quedan los cuerpos migrantes negras, negros, negres, latinos, latinas, latines, centroamericanas, caribeñas, isleñas, que al llegar al nuevo territorio siguen haciendo el trabajo esclavo moderno, donde no reconocen sus estudios universitarios y les asignan labores que ya no deberían ser ejecutadas por seres humanos?

## QUEMAR EL MIEDO

¿Dónde queda el cuerpo disidente, que vive su género fluidamente, y tiene que reconocerse a sí mismo en una sociedad que no acepta su fluidez y le categoriza binariamente?

¿Dónde queda la mujer del campamento chileno que jamás ha entendido el placer como algo propio, algo que debe comprender y conectar ella primero antes que su pareja sexual?

¿Cuántas hemos sentido complejos sobre nuestros cuerpos y cuerpos por no cumplir con ese ideal hegemónico que dictaminan los dueños de los medios de comunicación masiva, de las revistas de moda y la publicidad? ¿Cómo deconstruir en nosotras esta decadente desvalorización a todo lo que compete con el universo de «lo femenino»?

Porque, cuando no es para ser una subordinada de aquello que imponen sus jerarquías patriarcales; cuando no es para gestar, criar, amamantar, enseñar, amar, cuidar; cuando no busca la belleza, la limpieza, el decoro, el refinamiento, la sutileza, la blancura, la suavidad, la inteligencia —pero cuidado, tampoco tanta—, estrategia mejor, pero ojalá con mención en economía familiar, cuando tu cuerpo no cumple con esos requisitos, muchas veces es invisibilizado, otras incluso violado y castigado.

Quien avale continuar con estas conservadoras y anticuadas ideas es a quien debemos cancelar de nuestras vidas, porque no aporta nada a la cimentación de una sociedad justa.

¿O acaso es justo abandonar a tu hija, hije, hijo para volar a otro país con tu nueva familia, con esa reflexión vacía disfrazada de empatía con un «con esta familia sí lo haré bien»?

¿Es justo aceptar el abandono de un hombre como menos grave por sobre el de una mujer simplemente porque está normalizado?

¿Es justo aceptar la manipulación emocional sobre otros humanos para concretar tus logros personales, como estabilidad económica, utilizando una, una o un hijo como moneda de intercambio?

¿Es justo el incentivo al matrimonio por ser considerado el único vínculo válido para la estabilidad de lazos emocionales? Como si la familia fuera la única fuente de estabilidad emocional, física y económica de una sociedad.

Si no hubiéramos decidido acercarnos a bibliografías feministas, por deseo propio, y si eso no hubiese derivado en ideas colaborativas con otras y otros, estaríamos

## QUEMAR EL MIEDO

aceptando todas esas injusticias. El arte como canal de expresión abre paso a la libertad del pensamiento. Nos permite reconocernos como individuos con cualidades únicas, irrepetibles y poderosas, y cuando esas habilidades se ponen en función del colectivo logramos redireccionar el curso de nuestras eventualidades históricas. Nos volvemos protagonistas activas en las transformaciones que anhelamos.

Buscamos que esas transformaciones nos crucen a todas y todes por igual. No podemos olvidar que, en un país radicalmente desigual como Chile, la precariedad, la pobreza, el hambre y la falta de estimulación abunda; no hay calidad de vida para respaldar tus necesidades básicas, y si no tienes las necesidades básicas cubiertas comienzas a sobrevivir. Quien sobrevive no tiene el mismo tiempo para vivir, no tiene el mismo tiempo de dedicación para ampliar su cosmovisión. Ese tiempo reflexivo después de aprender es el privilegio que se dan quienes no tienen el peso de la sobrevivencia en sus cuerpos.

Pero, entonces, ¿cómo proponer estás ideas sobre los cuerpos más precarizados que los nuestros?

¿Cómo abordar temas tan complejos y específicos como la sexualidad, la sexualidad disidente, femenina, o incluso de quienes no les apetece explorar sus sexualidades?

A modo de ejemplo, uno de los talleres que realizamos en Valparaíso estuvo compuesto por cinco participantes, todas muy distintas. Un día nos permitimos la libertad de hablar de nuestros deseos, nuestras sexualidades sin tapujo, aun sabiendo que la materia a abordar no era esa. Fue un día testimonial donde todas nos dimos el tiempo y la confianza de contar y compartir un trozo de nuestras vidas.

Una de ellas comenzó a relatar sus vivencias de niña, de la violencia sistemática que había vivido tras ser golpeada y drogada por su progenitor toda la infancia. Su progenitor era traficante de pasta base. Su madre aceptó el destino. Su madre sentía que era la única fuente de ingreso económico, la única seguridad de que sus hijos e hijas iban a comer. Luego, el tono de la conversación cambia y manifiesta que a sus 38 años jamás había sentido un orgasmo, que su pareja sexual hacía lo suyo y ella se quedaba allí impávida sin ningún tipo de conexión; mucho menos interactuar, y de placer ni hablar. Ella nos dijo que eso era cosa de hombres.

Estas situaciones ocurren a diario en todos los sectores, en todos los territorios, en todos los estratos sociales. Además, si por suerte se aborda la sexualidad en el sistema educativo se hace desde lo preventivo y binario. Jamás desde el placer. Abordar la sexualidad desde el

## QUEMAR EL MIEDO

placer es comparado al libertinaje bíblico, al hedonismo grecorromano. Es así como la iglesia ha sido el principal objetor de conciencia sobre nuestros deseos y placeres.

Desvincular el placer de la sexualidad es violento, represivo; es limitar aplastantemente la libertad y originalidad con la cual queremos expresar nuestras sexualidades.

Promover la natalidad en una época en la que el mundo se vuelve cada vez más hostil es ignorar la crudeza con la que los Estados modernos operan al no proveer bienestar social a los pueblos. Seguir poniendo énfasis en la prevención de enfermedades y embarazo, dejando de lado los infinitos relatos constructivos que podemos comenzar a generar al expresarnos a través de las experiencias desde el placer, es seguir incentivando el tabú sexual que tanta oscuridad y abuso de poder ha fundado.

Para poder sentir conexiones con otras, otras, otros, debemos conectar primero con nuestras sensaciones, con nuestros cuerpos, tocarnos y descubrir dónde sentimos placer. La propia exploración es el camino hacia la libertad para expresarte con otras, otras y otros de forma saludable.

El placer ha de ser universal. Y si bien tenemos un órgano que posee la única función de dar placer, el clítoris, el

placer lo podemos sentir en todo el cuerpo, incluso en ese lugar que nos unifica a todas, todes y todos: el ano.

El ano es placer. El clítoris es placer. Pero poco hablamos de ellos. Poco hablamos del potencial democratizador en torno al placer anal. Es realmente inconcebible que haya tanto alarde por conectarnos con nuestro placer.

La educación sexual no existe. Cuando las, les y los niños empiezan a tener esta imaginación, a entender este lenguaje sexual, en las escuelas les deberían explicar por qué, cómo funciona. Es necesario promover en estas instancias el respeto por el propio cuerpo y por el de las, les y los demás. Además de abordar que existe una diversidad de subjetividades, múltiples expresiones de género y formas de experimentar la sexualidad, no solo mujer-hombre y sexualidad heteronormada.

El inexistente acceso a la educación sexual integral fomenta que muchas personas incorporen la pornografía masiva y comercial como un referente y manual de sexualidad. El peligro que representa es que estas producciones están lejos de ser un material pedagógico y realmente representativo de la sexualidad y sus múltiples variantes.

El control sobre los cuerpos y cuerpas de las mujeres en todos los sentidos es histórico. Es intrínseco a nuestra

## QUEMAR EL MIEDO

historia social, cultural, política, económica. Siempre se nos ha querido en silencio, en las oscuridades del hogar, al servicio de este y de la familia —la familia tradicional, no otra—.

Buena madre. Buena hija. Buena novia, buena esposa. Aislada, desconectada de tu cuerpo y de tu historia. Heterosexual y heteronormada. Incompleta. Sola. Depresiva. Creyente. Cristiana. Regular. Con buena disposición. Bien mujercita. ¿Y el placer sexual? Solo en función del otro. Es un recordatorio de que tu cuerpo no te pertenece. Le pertenece a la familia, le pertenece a dios, le pertenece a la escuela, le pertenece a tu trabajo, le pertenece a tu pareja, le pertenece al Estado. En los grandes y mínimos aspectos de tu vida tu cuerpo no te pertenece, porque es la propiedad de algo o alguien más.

Después de todo ese panorama desolador, después de no tener historia, más que de opresiones, invisibilizaciones y violencias, el placer aparece como una forma de resistencia. Porque hacerte responsable de tu propio placer es torcerle la mano al capitalismo, al patriarcado y al *statu quo*.

La forma más saludable de hablar de nuestro goce y placer sexual es llevándolo al plano de la salud. Una sexualidad sana, donde la protagonista/e del sexo se entienda como



un cuerpo y territorio profundamente complejo y único. Esa complejidad se difumina a medida que nos exploramos, nos tocamos, nos miramos al espejo y comenzamos a derribar toda esa cultura del odio hacia nuestros cuerpos y cuerpas tan diversas. Desearnos a nosotras mismas antes que nos deseen. Sentir plena libertad de expresar lo que te agrada o con lo que no transas, porque la comunicación en el sexo es más saludable de lo que imaginamos. Exprésate libremente y sin tapujos, deja claro lo que te gusta y lo que no.

Hablar es clave. El tabú del sexo nos ha hecho tanto daño que ya es tiempo de romper con aquel pacto de silencio. Basta de subordinar nuestro placer. Basta de avergonzarnos por lo que sentimos y deseamos. Basta de callar y reprimir nuestras pulsiones. Desde pequeñas y en espacios de confianza y seguridad, debiésemos tener la libertad de hablar de sexo, de nuestro placer, de autocuidado. Son cambios socioculturales que ya se están generando y esperamos pronto romper definitivamente con la apropiación externa de nuestro placer y sexualidad.

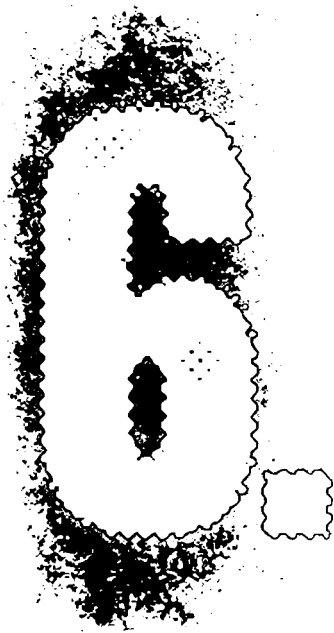
La masturbación es un acto de autoexploración, y si no nos exploramos habitualmente desconocemos información preciada de nosotras mismas y mismos. Un ejemplo sacado del universo de la costura: una costurera, que no sabe coser, no puede ser la protagonista de decisiones relevantes en

## **QUEMAR EL MIEDO**

su creación. Tampoco puedes mandar a hacer tu trabajo con seguridad de que lo harán bien si nunca ejecutaste puntadas. Lo mismo pasa con el sexo y específicamente con la masturbación. ¿Cómo podemos habitar el placer de manera libre y satisfactoria si no hemos explorado cada recoveco de nuestros cuerpos para saber dónde sentimos o no placer? En esto, es necesario convertirnos en expertas.

El placer también es un acto de rebeldía.

EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO **QUEMAR** EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR **EL MIEDO** QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO



EL POTENCIAL  
TRANSFORMADOR  
DE LA  
PERFORMANCE

El patriarcado es un juez,  
que nos juzga por nacer,  
y nuestro castigo  
es la violencia que no ves.

El patriarcado es un juez,  
que nos juzga por nacer,  
y nuestro castigo  
es la violencia que ya ves.

Es femicidio.  
Impunidad para mi asesino.  
Es la desaparición.  
Es la violación.

Y la culpa no era mía,  
ni dónde estaba ni cómo vestía.

Y la culpa no era mía,  
ni dónde estaba ni cómo vestía.

Y la culpa no era mía,  
ni dónde estaba ni cómo vestía.

Y la culpa no era mía,  
ni dónde estaba ni cómo vestía.

El violador eras tú.

El violador eres tú.

Son los pacos.

Los jueces.

El estado.

El presidente.

El estado opresor es un macho violador.

El estado opresor es un macho violador.

El violador eras tú.

El violador eres tú.

Canción de intervención *un violador en tu camino*,  
octubre 2019, colectivo LASTESIS

**P**ara nosotras existe un vínculo inquebrantable y poderoso entre el arte y el activismo. El arte es el lenguaje, el soporte a través del cual hemos decidido expresarnos y trabajar. Lo que hacemos no es un hobby ni una entretenición, es nuestro trabajo, nuestro oficio, al cual le dedicamos gran parte de nuestro tiempo cuando no tenemos que estar cumpliendo horarios laborales en otros lugares para poder subsistir.

Nadie nos ha regalado nada, nadie nos mantiene. A muchas personas les encanta asumir que si un grupo de mujeres creadoras tiene alguna trascendencia es porque alguien les ayudó. alguna organización ha de estar detrás de todo eso, porque es imposible que cuatro mujeres puedan crear algo, lo que sea, y que tenga alguna trascendencia si no es parte de un plan más grande y, generalmente, macabro. Trabajar por convicción y no por dinero escapa a la lógica neoliberal, escapa a la lógica patriarcal. El privilegio es de unos pocos, y si bien estamos conscientes de los privilegios que ostentamos, también estamos conscientes de los que no.

Nuestro oficio es constante. Pensamos en ello gran parte del tiempo, buscando fuentes de inspiración y provocación en nuestra cotidianidad; buscando ampliar nuestra biblioteca mental de referentes y referencias. La vida sin referentes es una vida con un universo interior muy pobre,



y nosotras luchamos en contra de la pobreza mental y creativa. Es lo mínimo que podemos hacer para honrar a tanta valentía presente y pasada.

Si hoy estamos escribiendo este libro, es gracias a todas y a todes quienes lucharon para que pudiésemos entrar en otros espacios. Habitar, aunque sea por un breve lapso de tiempo, espacios de enunciación históricamente masculinizados, negados a otras subjetividades. Espacios en los cuales se puedan escuchar nuestras voces, nuestras demandas, nuestras denuncias, nuestras ideas. Curioso es que aun en la actualidad horrorice a tantas personas este despliegue feminista en el espacio público expandido. Pero es una discusión tan antigua. Ya la pudimos ver cuando las mujeres empezaron a usar pantalones en el siglo XIX y entraron lenta y tímidamente a ciertos espacios masculinizados, el pavor era generalizado.

Incluso la calle, ese lugar que pareciera ser tan evidentemente público, tiene restricciones. Pensemos en un violador en tu camino, por ejemplo. Una performance, una canción, una coreografía de mujeres y disidencias: ¿Por qué causa tanto revuelo? ¿Por qué tanto representantes del gobierno como la prensa necesitan opinar al respecto? Decir algo, lo que sea. ¿Por qué se comenta, se ataca, pero también se comparte en las redes sociales digitales? Tal reacción nos confirma que estamos batallando por ese

## QUEMAR EL MIEDO

espacio, aún hoy. Batallando por existir, por aparecer, por alzar la voz.

Hablar es un acto cotidiano, lo hacemos todo el tiempo con nuestras amistades, familia, personas conocidas y desconocidas. Sin embargo, cuando lo hacemos como colectivo, en la calle, en el espacio público, toma un peso, una carga, una potencia distinta. Mujeres y disidencias en las calles, luchando desde sus cuerpos y cuerpas, desde la performance, aún perturban.

La lucha feminista nos atraviesa y ha atravesado durante todas nuestras vidas. Quizás en algunos momentos no llevaba ese nombre, porque no sabíamos qué era el feminismo, pero hoy lo sabemos y reconocemos. Y como artistas, fue casi una trayectoria natural terminar enunciando las demandas e ideas feministas desde el arte, porque como artistas trabajamos en torno a lo político. Y lo personal es político.

Con esta idea en mente, de pronto, a comienzos del año 2018 tuvimos el preciado y escaso tiempo de poner en marcha este proyecto colectivo. Primero, lo pensamos desde las artes escénicas, pero en pocas semanas se hizo patente la necesidad de una propuesta interdisciplinaria, que combinara e integrara las artes escénicas con otras expresiones artísticas para poder difundir de mejor manera estas ideas.

Nuestro objetivo era y es difundir teoría feminista. Y ese deseo nace tras constatar la falta de acceso a estas ideas en los canales de la educación formal. Creímos y creemos fervientemente que el traslado de estas ideas a otros lenguajes, el poder acercarnos a ellas no solo desde lo teórico, desde las palabras, sino que también a través de su interpretación y traducción a lo visual, textil, sonoro y corporal, contribuye a su difusión de manera más amplia.

Empezamos a trabajar, y en pocos meses estrenamos nuestro primer trabajo: un collage escénico interdisciplinario y feminista. Demandas y teorías encarnadas en cuatro artistas con una estética industrial y kitsch. Usamos el collage porque ordena los elementos de manera que no tengan una jerarquía, una verticalidad. El collage combina elementos y los pone en un plano de importancia similar, y es tarea de quien observa decidir qué mirar y en qué orden; qué cosas rescatar y cuáles incluso desechar. Para nosotras todo en escena aporta información, reitera y construye estas ideas, y en ese ejercicio también nos damos espacio para el humor. Porque no tenemos por qué ser serias por ser feministas.

«Las feministas son serias, son graves, son aburridas, son nazis, odian a los hombres, son idiotas, son locas, tienen tatuajes y usan el pelo corto». Nos cansa escuchar y leer constantemente cómo se construye este estereotipo de

## QUEMAR EL MIEDO

la feminista, la «feminazi», como si quisiéramos instalar un genocidio o exterminio de hombres. Esa persona antisocial que quiere destruir la sociedad, matar a la mitad de la población y quedarse con el poder. Ha de ser difícil ver a tu enemigo, o enemiga en este caso, y no asumir que haría exactamente lo que tú harías. La lucha por el poder, la opresión y violencia son armas del patriarcado y a nosotras no nos interesan. Se las pueden ir metiendo por la raja nomás y dejar de intentar ajustarnos a sus paradigmas hueones, porque citando a una sabia mujer, no somos material de los hueones.

El arte es la trinchera de lucha y resistencia que hemos elegido y no nos cansamos de decirlo. Creemos en el potencial transformador del arte y de la performance. Del arte desde los cuerpos y para los cuerpos y cuerpos, el arte colectivizado, apropiado a través de experiencias comunes. Una idea que nos rondaba pero que se concretó a través de un violador en tu camino.

La masiva reapropiación de esta intervención es algo que a la fecha nos sigue impactando enormemente. No fue algo que buscáramos, que imagináramos siquiera. Una total y completa sorpresa que, si bien por un lado es maravillosa, por otro es muy preocupante. Maravillosa porque ahora nos sentimos parte de una red subterránea de mujeres y disidencias que no responde a fronteras

nacionales, culturales ni idiomáticas. Esa potencia es hermosa, un verdadero regalo. No obstante, también nos demuestra que el problema es transversal, que la violencia sexual, así como todas las violencias propias del patriarcado, como ya lo dijimos, son globales.

Ver que en la performance existe un germen de respuesta, al menos en el alzamiento de las denuncias y demandas, comprueba que poner el cuerpo desde lo colectivo legitima demandas históricas del feminismo interseccional. ¿Qué viene después? Aún no lo sabemos. Tenemos más preguntas que respuestas, más dudas que certezas.

La repercusión alcanzada por nuestra intervención tiene que ver, probablemente, con que compartimos la violencia hacia los cuerpos feminizados. Tanto a mujeres como disidencias nos atraviesan estas violencias patriarcales, violencias inscritas en nuestros cuerpos y cuerpas. De ahí la necesidad de denunciar las violencias estructurales en países de distintos continentes y, en este caso, performativa y performáticamente.

Esta violencia tiene relación directa con la conformación del Estado moderno, cuya base ideológica reproduce violencias sistemáticas desde sus instituciones hacia cuerpos, cuerpas y territorios. En esa misma línea, la denuncia realizada en un violador en tu camino refleja algunas ideas

## QUEMAR EL MIEDO

de Rita Segato (2003) y Virginie Despentes (2018), y dan sustento teórico a lo que el patriarcado ha llamado «reclamo». Gracias a ellas, y todes y todas aquellas referentes feministas que han influido de manera tan profunda y bella en nuestras obras, gracias a todo el material de legado que han creado todas esas rupturistas del pasado, somos lo que hoy expresamos en un fervoroso sentido común, de pertenencia y deseo de cambio.

Hoy, con las posibilidades que tenemos de leer teorías feministas que han sido poco divulgadas, la relación con la academia es agri dulce. Por un lado, todas poseemos una formación universitaria —trayectoria que no estuvo exenta de dificultades, pues nos tocó criar y trabajar para poder solventar económicamente nuestros estudios—, y hoy algunas incluso trabajamos en universidades. Sin embargo, eso también nos demostró la falta de teoría feminista en los planes de estudio. La hegemonía del pensamiento blanco, masculino heterocis y occidental es generalizada. Disfrazada como libertad de cátedra, se impone la violencia epistemológica, metodológica, histórica y teórica. De esta forma se reiteran relatos podridos, y se siguen consolidando narrativas que no nos representan.

¿Cómo combatimos aquello? Desde la acción y no solo desde la crítica. Eso es lo que intentamos hacer. Llenar esos vacíos, y ojalá llegar a más personas con estas ideas

escapando de la hegemonía del texto, de la palabra. Este proceso también constituye una investigación, pero que claramente no se ajusta a los cánones reguladores y determinadores de lo que es una investigación «académica». No buscamos tampoco ese lugar ni «aprobación». La academia, basalmente patriarcal, también requiere de una profunda reconfiguración desde las bases, así como todas esas históricas instituciones.

En ellas, los egos que se ostentan son tan grandes que llegan a creer que saben mucho más que las, les y los demás, cuando en realidad carecen de total fundamento. Los conocimientos son múltiples, los saberes diversos y cada quien se mueve por sus distintas aristas posibles. ¿Qué es eso de andarle tirando encima a la gente nombres de autores y publicaciones en revistas científicas para validarse como superior? Como si fueran representantes de la máxima sabiduría en el planeta, cuando en términos proporcionales jamás podrán manejar toda la información existente en el mundo antes de morir. Lo necesario es hacer algo con la información que se tiene ahora, para estimular otras mentes y generar así un efecto dominó indetenible.

Ese «rescate» del feminismo académico llevado a la calle también tiene sus efectos en la exigencia de justicia en casos de audiencias judiciales a acusados de abusos

## QUEMAR EL MIEDO

y violación, los cuales generalmente se resuelven con un sesgo de género grave. La presión de las feministas más de una vez ha sido primordial para derivar en algún tipo de resultado. No obstante, la revictimización es constante, ya sea en las instancias judiciales, en los medios de comunicación —si se tratase de un caso más bullado—, o incluso en nuestras propias familias. El cuestionamiento de la persona abusada, agredida, es automático tras la denuncia, motivo por el cual muchas veces decidimos esquivar los canales de la justicia legal y apelar a la justicia social. La criticada y desvalorizada funa es el mecanismo que nos queda para protegernos como comunidad de potenciales futuros abusos y abusadores.

Entre nosotras y nosotros nos tenemos que proteger de los abusos, pero también de la culpa, porque la culpa no era nuestra. La culpa no era mía, ni tuya, ni nuestra ni vuestra. Los responsables son los abusadores, los encubridores, el silencio. También nos tenemos que proteger de los estereotipos que van a determinar si somos buenas o malas víctimas. Porque incluso después de muertas nos van a seguir separando entre buenas víctimas o malas víctimas.

Una mujer violada o asesinada tiene más difusión en la prensa si es hija de «buena» familia y se comporta bien ante la sociedad. Pero ¿qué pasa cuando esa víctima es



lesbiana, trans, pobre, adicta o, sencillamente, no tan bien «comportada»? Casi no existe para los medios y, si lo hace, no es más que para utilizarla como ejemplo de castigo, porque su perfil indica que se lo buscó, y por ende, se merecía lo que le pasó. En este sentido, la moral conservadora y cristiana sigue siendo muy poderosa, y las feministas somos sus acérrimas enemigas.

Aquellas personas que sienten profundamente cuestionados sus puestos de poder o privilegios son quienes más le temen al feminismo. Y en su privilegio eligen ignorar, eligen no ver las opresiones que no les competen, aunque incluso las ejerzan. Pero también eligen atacar para preservar sus privilegios.

«Ojalá las maten, ojalá las violen, quieren desunir la lucha social, atentar contra la lucha de clases» son algunas de las cosas que nos dicen comúnmente, sumado a múltiples adjetivos peyorativos respecto a nuestras ideas, nuestras capacidades intelectuales, nuestros cuerpos, nuestra sexualidad. En general, se ha vuelto «común» que te agredan por aquello que haces y por lo que no haces, como ya lo comentábamos. Al haber llegado a un alto nivel de exposición mediática, se espera que actuemos o tengamos algo que decir ante cualquier situación, a su vez, mediática.

## QUEMAR EL MIEDO

Desafiar lo normativo y cuestionar los privilegios de algunos siempre te va a poner en un lugar incómodo y en el centro de los ataques de todo tipo, por intentar salir de tu lugar de subordinación. La reacción va a ser atacarte, ridiculizarte, minimizarte, infantilizarte, tratarte de ignorante, atacar tu aspecto físico o cualquier cosa que pueda ser usada en tu contra. Seguramente, todas y todes tenemos una larga lista de ejemplos de esta situación.

La mesa con la familia tradicional reunida es uno de esos lugares especiales para aglomerar todo tipo de machismos, micromachismos, estereotipos y roles de género, y, por supuesto, grandes secretos de violencia sexual. Intentar hacer notar algunas de esas situaciones, por lo menos, te hace ganar el título de conflictiva.

El feminismo es un viaje o un camino largo que, dependiendo de nuestra propia historia, tiene diferentes formas de ser recorrido. El camino de algunas y algunos es de tierra, empedrado y empinado, en ningún caso es fácil recorrerlo. El de otras y otros es liso y pavimentado. En el de algunas y algunos aparecen bifurcaciones con el pasar de los años. Lo más probable es que la violencia sea el punto en el camino desde donde partimos todas y todes. Lo más seguro es que alguna amiga nos haya invitado, señalado o empujado a ese camino. Al comienzo te llamarán exagerada, que estás viendo problemas donde

no los hay. Que intentas distraer a la gente de los problemas verdaderamente importantes con tus problemas de segunda categoría.

Si denuncias violencia sexual, maltrato físico o psicológico, la respuesta casi siempre va a ser más violencia hacia ti. Te tratarán de loca, de querer llamar la atención. De tener la intención de cagarle la vida a alguien, de celosa de otra mujer, probablemente. Te culparán de todos los males del mundo, tal como lo han hecho a lo largo de la historia, tal como el dios cristiano y todos los demás.

Te restregarán en la cara tu dependencia económica, con tu padre o con tu marido, aunque no los tengas, y jamás te darán el privilegio de considerarte un ser reflexivo, creativo e independiente. Te desearán la violación, te desearán el encierro en la cocina, te desearán estática, en silencio, ojalá amable y trabajadora. Desearán la explotación de tu vida. Te desearán la muerte.

A nosotras nos han deseado la muerte. Nos han deseado la muerte por crear y realizar una performance. Por cantar y bailar denunciando históricas violencias con nuestras amigas y amigos. Por otro lado, otras personas nos agradecieron, se reflejaron en la performance, se la apropiaron y elevaron sus propias demandas.

## QUEMAR EL MIEDO

Sin embargo, otras personas han decidido ocupar la palabra éxito al hacer alusión a nuestro trabajo. Detestamos esa palabra, porque ese supuesto éxito deriva de una acción que no tuvo como pretensión ser «exitosa». Más que éxito, creemos que lo que tuvo y tiene es un efecto social que hoy nos permite tener un espacio de enunciación. Un espacio que conlleva responsabilidad y arduo trabajo. En él, intentamos e intentaremos seguir enunciando las demandas feministas, traducir las teorías feministas, dando a conocer, además, nuestra metodología de trabajo. Creemos que, por ahora, esta es la forma en que podemos aportar tanto en el terreno artístico como en el activismo.

Cuando nos preguntan «¿Y ahora qué viene?», siempre respondemos lo mismo: pretendemos seguir haciendo nuestro trabajo artístico-activista. Seguir pensando en cómo dar forma a ideas que desde el feminismo cuestionan lo que se ha asumido como normal. Seguir creando desde diversos lenguajes, desde los cuerpos para la difusión de teoría feminista, de nuestras demandas, denuncias; violencias encamadas que hoy combaten el histórico silencio. Si además servimos como plataforma exponencial de todas estas voces, lo explotaremos al máximo. Somos majaderas, y nos da igual. Nos da igual repetir una y otra vez lo mismo, porque aún hay gente que no entiende, ya sea porque no puede o no quiere. La lucha es

de largo aliento y estamos preparadas para seguir. Solo esperamos que esta red feminista, este monstruo transcontinental que escapa absolutamente a nuestro control, siga creciendo, devenga inmenso, y sea imposible no verlo, esquivar la vista, taparse los oídos, porque gritará tan fuerte que en todo el mundo resonará.



# EL ESTADO OPRESOR

[1312]

ACAB.

All cops are bastards.

Todos los pacos son bastardos.

Pero en nuestro continente de niñas, niños  
y niños bastardos, huachos, siendo nosotras  
también bastardas, a veces nos dan  
ganas de buscar otros adjetivos.

Todos los pacos son inhumanos,

Todos los pacos son violadores,

Todos los pacos son asesinos.

Desde la delgada y larga franja de tierra  
de este continente es que hablamos.

El territorio que reúne todos los climas,  
todos los paisajes,  
absolutamente todas las desigualdades.

Hace 219 días comenzaron los estallidos,  
ebulliciones del silencio, del miedo;  
una ráfaga de rabia que organizadamente  
exigía dignidad. Porque Chile es un país que  
humilla a quienes lo habitan; patriarcado,  
policías, políticas de estado endurecidas para  
silenciar y engeguercer la injusticia.  
Hace un poco más de dos meses llegó la  
pandemia global a nuestro territorio.



Hoy,

¿quiénes somos?

Somos el enemigo implacable y poderoso  
del presidente.

¿Quiénes somos?

Las vecinas, vecines y vecinos que  
peligrosamente se organizan para preparar  
comida para quienes lo necesitan.

¿Quiénes somos?

Las trabajadoras y trabajadores que armadas  
con fuego y cacerola salen a la calle cuando  
«no se debe» a gritar hambre.

¿Quiénes somos?

Las víctimas de violencia doméstica y  
violencia sexual, cuya única salida es llamar  
a la policía, violadora, asesina.

¿Quiénes somos?

Los enferm-s sin camillas y todo el personal  
de la salud sin insumos.

Eso es el confinamiento en gran parte de este  
territorio; como en el que vives, compartimos  
la misma rabia.

Y los pacos nos persiguen, bloquean las  
salidas de nuestras casas, provocan,  
se infiltran como protestantes y comienzan a  
quemarlo todo, desfilan armados por nuestras  
calles, vuelan por nuestras cabezas, lanzan

gases, golpean, torturan, violan, destruyen,  
nos ciegan. Disfrutan de esta guerra  
inventada, en la ola de la cocaína, como  
monigotes de un gobierno que desecha  
al pueblo, en la que tanquetas, guanacos  
(carros lanzaaguas), zorrillos (camiones  
lanzagases), sentadillas y balazos en los ojos  
son la forma de controlar y desaparecer  
a los pueblos conscientes.  
Mientras, esas vecinas, vecinos y vecines  
se mueren no solo de la crisis sanitaria,  
sino que también de capitalismo salvaje,  
de patriarcado y negacionismo.

No nos van a silenciar, el sistema se destruye  
y es evidente el deterioro.

Hoy más que nunca  
podemos forzar el contrataque  
la ley anticapucha se fue al carajo  
el covid hizo el tiempo pedazos  
el colectivo grita ¡unificación!  
destruir la institución de la policía  
el pueblo grita «basta»  
la invisibilización de la real problemática  
que vive el hacinado  
es devastante y humillante  
tu inhumanidad ya no tiene cabida

no hay tregua puesta en caja de mercadería  
que aguante.

Llevamos más de 7 meses en la lucha  
en nuestro país.

El gobierno no escucha  
y renueva las armas de la policía.  
Esto aún no termina.

No me cuida la policía, me cuidan mis amigas.

Texto de video-performance *Manifiesto contra la  
violencia policial*, mayo 2020, colectivo LASTESIS

**C**uando hablamos de violencia, siempre la pensamos de forma sistemática y en múltiples ámbitos. Sexual, simbólica, física, psicológica, institucional, estatal, patriarcal. La violencia es transversal, y muchas veces ataca disfrazada de moralismos, conservadurismos, e incluso amparada en legalidades.

A modo de ejemplo emblemático de este último caso, sin duda el intento de censura, amedrentamiento y persecución por parte de la institución de Carabineros de Chile —la policía que integra las Fuerzas de Orden y Seguridad en nuestro país— es algo que nos sigue sorprendiendo.

El 29 de mayo del año 2020 publicamos un video en nuestras redes sociales digitales. Consistía en una video-performance de denuncia contra la brutalidad policial tanto en Chile como en toda América Latina. En el video, aparecíamos nosotras con nuestras jardineras rojas frente a las comisarías de Valparaíso, y de fondo se escuchaban nuestras voces recitando un texto que escribimos en torno al tema.

En un momento, e inspirándonos en nuestro actual contexto, relatábamos lo siguiente: «[ellos, la policía,] nos persiguen, bloquean las salidas de nuestras casas, provocan, se infiltran como protestantes y comienzan a quemarlo todo. Desfilan armados por nuestras calles. Lanza

gases, golpean, torturan, violan, destruyen, nos ciegan. El gobierno no escucha y renueva las armas de la policía».

La policía reaccionó indignada y presentó dos denuncias en nuestra contra por «desacato a la autoridad» e «incitación a la violencia». Dos denuncias acompañadas de un irrisorio reporte redactado por la institución que incluía fotografías de la video-performance, testimonios y nuestros nombres y apellidos.

Para nosotras fueron muy impactantes las denuncias realizadas por Carabineros en nuestra contra. Primero, porque nos enteramos a través de un medio de comunicación que de una forma pusilánime se prestó para fomentar este ataque. Segundo, porque son agentes del Estado quienes realizan la denuncia; agentes que, supuestamente, han de velar por el resguardo de la ciudadanía. Ciudadanía y no pueblo, porque al pueblo sabemos que no lo reconocen; ese pueblo del que también somos parte.

Ante un ataque directo como este —porque lo entendemos como un ataque directo—, quedamos anuladas, pensando si realmente aquello que denunciábamos en protestas y en una video-performance contra la violencia policial era para tanto.

Tras el impacto, nos pusimos a pensar en lo absurdo de la vida; en que la metáfora no será comprendida jamás

## QUEMAR EL MIEDO

por quienes abusan de la violencia; en que, así como la educación es un problema de nuestro país, también lo es en esa institución, literalmente violenta. No queremos profundizar en ello, pero detengámonos brevemente en la anécdota, en lo que al parecer sucede en este acto.

En este contexto tan inapropiado, en el que como sociedad por completo estamos bajo el ataque de una pandemia, pero también bajo el ataque de la desigualdad, la institución que posee el monopolio de la violencia —la cual, además, se encuentra impune como causante de múltiples violaciones a los derechos humanos— se toma el tiempo de perseguir, intimidar, amedrentar, censurar y violentar a un colectivo artístico feminista.

En la casa nos quieren ver, confinadas al tedio de lo doméstico, a la esfera privada, silenciadas, invisibilizadas; quieren devolvernos a ese lugar de subordinación donde históricamente hemos estado confinadas; quieren censurar nuestro trabajo; quieren negarnos el derecho a expresarnos a partir del arte; quieren negarnos el derecho a la protesta, tergiversando nuestro trabajo e inculpándonos en los términos más insólitos.

Esta acción solo demuestra el abuso de poder sistemático por parte de esta institución, equiparando la poesía con la verdadera violencia de la cual son autores, negando

el espacio a la metáfora, al arte, al activismo y a la legítima denuncia que desde octubre de 2019 el pueblo vocifera en todas partes.

Ahora, pensemos un momento en la performance de la policía en todo esto, en el explícito y coercitivo acto de censurar. Cerremos los ojos por un instante, ordenemos los hechos y luego relatémoslos en voz alta, a ver qué nos parecen. Por un lado, está la institución de Carabineros de Chile —impune—, respaldada por el gobierno de Chile, con su presidente —impune— redefiniendo los límites del arte, inculcando a la performance de ataque a la autoridad, esposando a hablantes líricos, mutilando metáforas, gaseando subjetividades, encarcelando palabras y allanando cada obra que hagamos de aquí para adelante.

Todo esto ocurre al mismo tiempo que se restringen las labores de la prensa independiente, y se censuran las proyecciones de palabras en el espacio público del colectivo artístico Delight Lab. Sí, de palabras, que todas, todes y todos quienes tenemos menos privilegios en esta sociedad no hemos podido dejar de pensar en el último tiempo: HAMBRE, DIGNIDAD y, otra vez, CENSURA.

Creemos que es importante leer estos hechos en su totalidad y no como hechos aislados. No es casualidad, ni una mala coincidencia.

## QUEMAR EL MIEDO

Hasta ahora no han escuchado las demandas del pueblo, no se han hecho cargo de ninguno de sus errores, y nosotras no les daremos el derecho a decirnos cómo crear y trabajar. A través de este ataque, se nos violenta directamente a nosotras, pero también a todas las mujeres, disidencias, artistas y a quienes nos encontramos en esta lucha contra el patriarcado, el neoliberalismo y sus instituciones nefastas. El Estado opresor en su máximo esplendor.

Tras el ataque, no obstante, vino la defensa, y eso es algo que también nos sorprendió enormemente. El veloz apoyo para con nuestro colectivo, para con nuestro trabajo. Desde organizaciones locales, nacionales y hasta internacionales el apoyo fue y sigue siendo masivo. Esa red subterránea que mencionamos previamente ahora se hacía presente y se mostraba clara y firme ante el mundo. Desde colectivos artísticos, redes de artistas, defensoras de los derechos humanos, catedráticas y docentes universitarias, hasta las comunidades latinas migrantes en el extranjero, e incluso aquellas actrices de las películas gringas que vimos desde niñas.

No estábamos solas. No estamos solas.

El Estado, por medio de sus policías y el ministro del Interior de ese entonces, quien públicamente respaldó las denuncias de Carabineros en nuestra contra, expresan una



clara intención de amedrentamiento ante expresiones de arte y colectivos que atenten contra un respeto que ellos mismos se han encargado de perder durante años.

Creemos que hoy la sociedad es mucho más crítica y observadora en cuanto a los gobiernos, la violencia, la información que reciben. En nosotras la idea de castigo ejemplar calza perfectamente, así como en otros grupos de mujeres y disidencias que se han manifestado desde octubre de 2019, y desde mucho antes, incluso.

Si a los actuales administradores del Estado les es más factible censurar a cuatro mujeres creadoras y no censurar a la tropa de ineptos que ponen en las calles amedrentado al pueblo, tienen un gran problema de prioridades. Pareciera que sus prioridades responden más bien a normalizar la militarización de las calles, con integrantes de las fuerzas armadas y de Carabineros impunes, instalados en nuestra cotidianidad, armados hasta los dientes en una guerra contra un enemigo poderoso, implacable pero imaginario.

El peso de la constante mirada de instituciones y personas que nos declaran sus enemigas, a ratos, es violentamente agotador. Siempre tienen algo que opinar, algo que decir, algo que criticar, algo que inventar. Da lo mismo lo que hagamos o no hagamos, porque, si no lo

## QUEMAR EL MIEDO

hacemos, lo inventan, pues todo siempre será material y motivo para los ataques más cobardes. Esa mirada vigilante es constante y siempre está sobre nuestro trabajo como colectivo, pero también sobre nosotras como individualidades.

Pensar que tu hija, tu madre, tu hermana o tu abuela puedan ser testigos de esta violencia es, probablemente, lo que más nos cuesta, nos hiere. Pero la lucha lo vale, y constantemente nos recordamos de dónde vienen esos ataques: de la misoginia, del fascismo, de la ignorancia.

Una anécdota que sirve para ilustrar aquello fue cuando, luego de la realización de la intervención un violador en tu camino, en Valparaíso, performance en la que citamos una estrofa del himno de Carabineros, estos salieron a reprimir a manifestantes usando un altoparlante y reproduciendo su himno. Un acto simbólico de reivindicación de su himno manchado por nosotras, las pérfidas feministas, pero que es ilegal en sí mismo, pues los Carabineros solo pueden reproducir su himno en actos oficiales.

Inevitable reírnos de ello.

Porque cómo no nos vamos a reír de sus actos ridículos cuando ante sus balas lo único que tenemos son nuestros cuerpos, cuerpas, subjetividades contrahegemónicas di-

versas y mucha rabia. Cuando todos los días combatimos el miedo ante sus políticas y sus armas.

El miedo a ser reprimidas, violadas, mutiladas, asesinadas, desaparecidas. No hace mucho era común en nuestros territorios latinoamericanos. Hoy, más oculto quizás, sigue sucediendo de todas formas, todo el tiempo. Ahora mismo, mientras escribimos esto y mientras tú lo lees, donde sea que estés, está sucediendo. Las democracias aguantan mucho y saben disimularlo muy bien, pero los estamos mirando.

Los miramos desde esta red subterránea de mujeres y disidencias. Desde este tejido liminal que entrelaza las hebras más diversas. Texturas multicolores y multisensoriales, transfronterizas y transculturales. Un tejido no lineal, no homogéneo, tan incendiario como oceánico. Tan sólido como líquido, con el potencial de ser indestructible al mismo tiempo que se desvanece en el aire, en el agua, para mutar según el camino que encontremos. Para reinventar(nos) junto a nuestras estrategias múltiples de lucha.

Nuestras trincheras son tantas que nunca lograrán explotarlas todas. Sus bombas nunca serán suficientes. Porque juntas ya emprendimos este camino contra el patriarcado, contra todas las formas de opresión. Y no hay vuelta atrás.

EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO **QUEMAR** EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR **EL MIEDO** QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO  
EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO QUEMAR  
QUEMAR EL MIEDO QUEMAR EL MIEDO

# **JUNTAS**

Juntas quemamos la criminal alianza entre el patriarcado y el capitalismo.

Juntas quemamos la explotación laboral, sexual y reproductiva.

Juntas quemamos las instituciones y estructuras patriarcales.

Juntas quemamos la impunidad.

Juntas quemamos el sexismo, el machismo y la misoginia.

Juntas quemamos la heteronorma.

Juntas quemamos la maternidad obligatoria.

Juntas quemamos la culpa.

Juntas quemamos la violencia simbólica, doméstica y sexual.

## **QUEMAR EL MIEDO**

Juntas quemamos las violencias inscritas en nuestros  
cuerpos y cuerpas.

• Juntas quemamos el pacto de silencio ante tanto abuso  
y opresión.

Juntas quemamos el miedo.

[illegible]



# Y LA CULPA NO ERA MÍA, NI DÓNDE ESTABA NI CÓMO VESTÍA. EL VIOLADOR ERES TÚ.

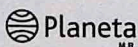
*Un violador en tu camino, octubre 2019, colectivo LASTESIS*

Tenemos rabia. Rabia ante la invisibilización constante de nuestros abusos. [...] Rabia y miedo de ser agredidas, asesinadas, olvidadas. [...] Nos tocaron muchas veces en la calle y vivimos en carne propia el acoso impune. [...] Nos denigraron.

[...] Nuestro testimonio siempre está en tela de juicio, [...] nunca es suficiente. [...] La impunidad del abuso, de la violación, está normalizada y la revictimización constante es insoportable. Aun así, nos odian cuando salimos, en masa, a decirles que ya no toleramos su maltrato, violencia y tortura.

[...Y] si nos violan, nos apuntan como culpables. [...] Los sistemas de justicia son inoperantes y los candidatos a presidir los gobiernos se llenan la boca con eslóganes sobre igualdad, pero no plantean soluciones estatales para detener los feminicidios.

Porque es mentira que nos protegen. Porque es mentira que nos quieren vivos. [...] Nos roban todo, menos la rabia. [...] Juntas quemamos el miedo.



planetadelibros.com.mx



ISBN: 978-607-07-7405-8



9 786070 774058